

Geertz (1989) le puso nombre y las docentes nos abrieron la puerta del “estar allí”.

Navego con el imaginario y re-descubro dos paisajes: aquel del 2013 y éste, cercano, más vívido, en pleno 2024. Y las continuidades. Y las rupturas. Y.

Capitalinas tuvo su final de obra en 2020 y sigue tan firme en su *locus* como algunas botellas plásticas y bolsas de nylon desparramadas por la grama de la Costanera. Sobre la Santa Fe al 600, Las Torres del Río (I y II) de la empresa Regam Pilay gozan de la misma salud que Capitalinas. Los vecinos de Alberdi y los trabajadores de la ex Cervecería perdieron la batalla en 2010 cuando demolieron la chimenea de dicha fábrica. A partir de allí operó la lucha por evitar el olvido con compensación emotiva por parte del (E)stado municipal. Una réplica más pequeña de la chimenea hace de mojón y memoria, pero no suple la sensación de “miembro fantasma”, ese dolor que atormenta al cuerpo a pesar de que el miembro -un brazo, una pierna- ya no está. En 2024, por la voluntad de justicia y la necesidad del gesto reparador, todavía muchos vecinos y vecinas de Alberdi y Villa Páez escarban como arqueólogos retentivos, para recuperar y preservar los restos de la fábrica. Actualmente, en el Museo de la Cervecería Córdoba, se religa el lazo entre el olvido y el recuerdo. “La memoria y el olvido guardan en cierto modo la misma relación que la vida y la muerte” (Augé, 1998, p. 9).

Vuelvo por la zona del puente. Los estenciles del túnel han sido repintados, y las palomas aquellas dieron sus proles, tantas y tan parecidas que dan la sensación de que son las mismas del 2013. Los domingos, la feria de comida peruana nos invita a saborear inmensos mundos que caben en la boca y en la gula. El Suquía aún se presenta en oposición: en parte domesticado, en parte salvaje.

La ciudad ha cambiado. La costanera ha cambiado. Y no. En 2023 me titulé de Licenciada en Antropología. También yo he cambiado. Y no.

El país ha cambiado. Y sí.

Las algas, clorofila en garra, siguen prendidas como vampiras vegetales en el cemento que acanala el río; resisten 24/7 la correntada. Las elijo, las traigo desde el pasado al presente porque hoy soy un poco eso: alga en pie de guerra, antropóloga escriturienta observando la ciudad, huella buscado la huella de la huella, bicho feo que pía su nombre, pez color aguja,

integrante de un equipo de investigadores e investigadoras en preñez de proyectos en el CIFYH de la UNC.

Cierro esta reflexión.

Pero mi cierre es sólo una excusa para que el punto ¿final? cumpla su función y no se me angustie.

Referencias

Augé, Marc (1998). *Las formas del olvido*. Barcelona: Gedisa.

Geertz, Clifford (1989). *El antropólogo como autor*. México: Paidós Estudio.

Rancière, Jacques (2014). *El reparto de lo sensible. Estética y política*. Buenos Aires: Prometeo.

Mercado Norte





Entre la noche y el día: la experiencia urbana en el Mercado Norte

Lino Mora Abichain

A continuación, presentamos el trabajo de observación, registro y reflexión realizado por Miguel Robles en una esquina central de la ciudad de Córdoba (Argentina). Se trata de San Martín y Oncativo, en uno de los laterales del Mercado Norte. En esta ocasión, recuperamos un registro de observación realizado en el año 2015 para un trabajo de la materia Antropología en Contextos Urbanos, asignatura curricular de la Licenciatura en Antropología.¹ El material pertenece a una selección realizada por el equipo del proyecto de investigación “Desigualdades sociales y disputas por la producción, reproducción y apropiación de los espacios urbanos del Gran Córdoba”.² El mismo se plantea como continuidad de una serie de proyectos que trabajan las estrategias que diversos agentes y colectivos sociales ponen en juego en la producción-reproducción, apropiación y uso de los espacios urbanos en el Gran Córdoba.³ Con el equipo, reflexionamos colectiva y constantemente a partir de lecturas teóricas e intercambiamos experiencias de trabajo y conocimientos sobre los acercamientos a diversos campos. Esto nos permite pensar las problemáticas urbanas en un contexto más amplio al de cada caso particular; sin perder de vista las singularidades de cada práctica o fenómeno específico.

Principalmente, la riqueza de este trabajo debe contemplarse en el marco de un proceso de aprendizaje que se enfoca en la institucionalización de los estudios urbanos. Para muchos estudiantes de Antropología,

1 Departamento de Antropología, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

2 El proyecto, dirigido por las Dras. Miriam Abate Daga y Julieta Capdevielle, está radicado en el Centro de Investigaciones “María Saleme de Burnichon” (FFyH, UNC), con financiación de la SECyT (FORMAR 2023-2025).

3 El Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) considera “Gran Córdoba” a la conurbación de la ciudad de Córdoba (Argentina) con un puñado de localidades del departamento Colón, ubicadas al norte de esta ciudad. Comprende Córdoba Capital, La Calera, Villa Allende, Río Ceballos, Unquillo, Salsipuedes, Mendiolaza, Saldán, La Granja, Agua de Oro, El Manzano y Guñazú Norte. Según el Censo 2010, el Gran Córdoba cuenta con 1.412.182 habitantes (1.368.301 en 2001) en una superficie de 21.000 km², lo que la constituye en la segunda aglomeración urbana del país en cuanto a población y superficie.

los trabajos realizados para TPs o parciales de ACU han significado una de nuestras primeras aproximaciones etnográficas a algún proceso social urbano. Por ello, destacamos estas producciones como pilar de una formación constante como profesionales en el ámbito de las Ciencias Sociales (y de la Antropología Urbana, específicamente). El estudio teórico y los intercambios en clases son muy provechosos al ser complementados con el ejercicio de la observación. Siguiendo a Bronislaw Malinowski [1922] (1973), la etnografía debe concentrarse en las normas y reglas que regulan la vida social; los comportamientos y prácticas cotidianas; y la mentalidad y lenguaje, oral y escrito. Para ello, la “observación participante” es la forma de acercamiento para estudiar lo social a partir de un contacto directo con el mundo empírico. Rescatamos a este clásico autor de la disciplina, ya que estos son aspectos fundacionales de nuestra tradición teórica-etnográfica. En ese sentido, entendemos enriquecedor el proceso de articulación entre la bibliografía teórica y un registro de observación sobre lo urbano como el que nos encontramos a continuación.

Para terminar, nos interesa proponer una línea de pensamiento para leer el siguiente capítulo, recuperando los aportes de Ramiro Segura (2021) en torno al concepto de “experiencia urbana”. Resaltamos la necesidad de investigar acerca de los modos de vivir la ciudad para saber en qué medida y sobre qué aspectos la misma es vivida por sus habitantes como crisis. Entonces, mirar la “experiencia urbana” es una instancia de articulación entre la ciudad y lo urbano en que ninguno de los dos términos opaca al otro. La ciudad no agota la vida urbana, y esta no puede realizarse sin aquella. Así, la “experiencia urbana” se torna una categoría analítica productiva para acercarse al desafío de conocer los modos de vivir la ciudad en el Mercado Norte. En este sentido, encontramos tres ejes analíticos claves del concepto para la investigación de las ciudades contemporáneas, que están ligados a la dinámica social: los usos, las interacciones y las significaciones. El primero, refiere a la relación entre las formas espaciales y las prácticas sociales en la ciudad. El segundo, a los límites y las relaciones. El tercero, al constante proceso de comparación entre lo que está socialmente articulado y lo que es vivido.

Así, analizar los límites o fronteras como punto de partida nos permite conocer cómo se combinan en el Mercado Norte las funciones opuestas y complementarias de toda frontera: la unión y la separación. Este trabajo puede ser un puntapié para pensar las relaciones laborales en el marco

de, por ejemplo, los límites e interacciones implicados entre la noche y el día. ¿Cuáles son los límites existentes en el Mercado Norte de la ciudad de Córdoba? ¿Cómo se combinan en la vida urbana de dicho espacio la separación y la relación? ¿Cómo es trabajar de noche en la zona del Mercado Norte?, ¿qué interacciones implica? ¿Y de día? La forma espacial del “límite” tiende a naturalizarse y condiciona las relaciones sociales presentes (Simmel, [1927] 1986). Además, la existencia de límites no supone ausencia de relaciones, y la existencia de relaciones no implica necesariamente la abolición de los límites.

Referencias

- Desigualdades sociales y disputas por la producción, reproducción y apropiación de los espacios urbanos del Gran Córdoba (2023) [Proyecto de investigación financiado por SeCyT, dirigido por las Dras. Miriam Abate Daga y Julieta Capdevielle.]
- Malinowski, Bronislaw [1922] (1973). *Los argonautas del pacífico occidental*. Barcelona: Península.
- Segura, Ramiro [2015] (2021). *Vivir afuera: Antropología de la experiencia urbana*. UNSAM EDITA.
- Simmel, Georg [1927] (1986). El espacio y la sociedad. En *Sociología 2. Estudios sobre las formas de socialización*, 273 - 279. Madrid: Alianza.



Transiciones

Miguel Robles

Breve introducción

Producto de trabajos historiográficos y reconstrucciones periodísticas de autores locales, hemos llegado a conocer que la Plaza Mayor de la ciudad fundada como Córdoba de la Nueva Andalucía, hoy conocida como Plaza San Martín, fue el primer lugar donde los habitantes de aquella incipiente aldea se reunían para adquirir las mercancías que llegaban a la ciudad. Estos productos, como carne, frutas y verduras, eran transportados en carretas provenientes de diversos puntos de la región y eran comercializados en la plaza, siempre bajo el atento control de los regidores del Cabildo. (Redacción La Voz, 2013).

“El crecimiento poblacional y los cambios en las prácticas sociales determinaron, de manera paulatina, que las plazas secas de la colonia pasaran a convertirse en lugares de socialización” (Redacción La Voz, 2013, párr. 5). Por esa razón, los espacios verdes fueron destinados como lugares para disfrutar de un paseo dominical o para sentarse a ver la retreta, actividades que se volvieron comunes y agradables. Los espacios que se comenzaron a utilizar para comercializar los productos, esos primeros mercados, con el tiempo fueron estableciéndose en la periferia urbana. En un primer momento estos se emplazaron en las cercanías de las plazas de carretas, y más tarde en edificios construidos específicamente para esta actividad, estrechamente vinculados a la llegada del ferrocarril, que facilitaba el transporte de todo tipo de productos hacia y desde la ciudad de Córdoba. (Redacción La Voz, 2013).

Así fue cómo en la década de 1860, en un lugar próximo al río Suquía, ubicado al norte de la Plaza Mayor, se le solicitó a Domingo Funes construir la Plaza Marchena, que después se llamaría Plaza España, lugar donde habían comenzado a reunirse las carretas con bienes agrícolas. Con el tiempo la Plaza España desapareció bajo el peso del edificio del actual Mercado Norte, obra de los Arquitectos Hortal y Godoy, que fue inaugurado por la Municipalidad de Córdoba el día 14 de abril de 1928, con la finalidad de alojar los puesteros de la antigua Plaza (Bischoff, 1986).

El edificio construido, de un gran volumen y aspecto clásico, aunque tratado con gran libertad, está concebido dentro del estilo neo manierismo, ya que muestra tiras ininterrumpidas de dentículos, y cornisamiento de orden clásico y escudos decorativos. Sus dos ingresos principales, uno por Pasaje Cantacara, y otro por Oncativo, están enmarcados por dos pilones que encierran una abertura semicircular, y sobre ellos se observan una cabeza de vacuno y por detrás una venera. Las entradas secundarias, una por calle San Martín y otra por calle Rivadavia, tienen dos óculos rodeados de frondas, y una cabeza de carnero (Bischoff, 1986).

En el año 1964 se conforma la Sociedad de Locatarios del Mercado Norte, y a partir de 1971 se firma un contrato de concesión entre esta Sociedad y la Municipalidad de Córdoba. En el año 1972 es declarado monumento histórico provincial (Bischoff, 1986).

Comercio y bohemia

El edificio del Mercado Norte, construido en 1927 e inaugurado en 1928 abrió sus puertas con 106 locales de comercialización minorista de productos perecederos, convirtiéndose por aquel entonces en el mayor centro de compras del interior del país. En el año 2001, se llevó a cabo una restauración completa del edificio, lo que permitió recuperar sus características originales y añadir un Centro de Participación Comunal (Redacción La Voz, 2013)

De ese modo, quedaban atrás los primeros puestos al aire libre que se organizaban en torno a las mercancías descargadas en la antigua plaza comercial por todo tipo de transporte de carga como carros, carretas, sulkis y hasta coches. Con el paso de los años, el mercado fue expandiéndose. Sin embargo, en los locales que lo conforman permanece un elemento distintivo: la mayoría de los puestos siguen siendo atendidos por los propios dueños y sus familiares. Pero hay algo más, que resulta sumamente significativo para este trabajo: el Mercado Norte fue el corazón de la zona genéricamente conocida como “la Segunda” por la cercanía a esa seccional policial, un sector de la ciudad en el que se daba cita personajes de la bohemia local, y en el que estaban permitidas ciertas “habilitaciones sociales”. Alrededor de ese centro de abastecimiento comenzaron a surgir bares, cafés, tiendas y edificios de departamentos, lo que le otorgó a toda la zona un carácter netamente comercial. Además, por sus calles no solo

circulaban vendedores ambulantes, sino también la bohemia cordobesa de antaño (Redacción La Voz, 2013).

Años después se establecieron en la zona espacios emblemáticos como ‘La París’ —que pasó de ser un cabaret a una whiskería, y hoy ya ha desaparecido—. Aunque el área se destacaba por su animada vida nocturna, a medida que el sol comenzaba a elevarse en el horizonte, las calles del barrio se animaban con un constante flujo de carros, carretas, comerciantes y vendedores ambulantes. Entre la multitud emergían personajes emblemáticos de Córdoba, como la ‘Cachilera’ y el ‘Loco Tablada’, dos conocidos buscavidas que ofrecían y bendecían estampitas de San Roque. No faltaban tampoco los ‘timberos’, que recorrían el lugar con sus pequeños casinos móviles, levantando apuestas y, en algunos casos, huyendo de la persecución policial, mientras que en otros trabajaban con total tranquilidad bajo su amparo. Tampoco se pueden dejar de mencionar los famosos chocolates con churros de la Cortada Israel, o la rivalidad entre los clientes de los bares ‘Pastorino’ y ‘El Agrario’, que muchas veces terminaban sus discusiones en los calabozos de “la Segunda”. (Redacción La Voz, 2013)

Hoy, la clientela popular de la pizzería Tío Benito compite con la pretendida distinción de los concurrentes a la Cocina de Fazzio, creación del recientemente fallecido José Fazzio, propietario histórico de un puesto de pescado muy reconocido ubicado en la parte central del edificio.

En la actualidad, en el sector externo del edificio del Mercado Norte solo quedan algunos pocos recuerdos de aquellos primeros emplazamientos de comercialización de productos que comenzaron en la época colonial (Bischoff, 1986). Pero la actividad comercial diurna, ha subsistido y se ha diversificado.

Entendemos que también ha permanecido “la transición”, ese paso mágico de la bohemia nocturna a la febril actividad diurna, que constituye uno de los aspectos que tuve presente en mi observación. Por lo tanto, el objetivo de este trabajo se centra en la parte externa y nocturna del Mercado Norte: la observación de su estructura edilicia; las personas que habitan el paisaje y las relaciones que establecen con este (De Certeau, 2000); procurando conocer si las costumbres de la tradicional bohemia nocturna que habitó ese sector de la ciudad, han desaparecido o han mutado; tratando en ese caso de registrar los cambios y los nuevos modos de habitar e interactuar con este particular espacio de la Ciudad de Córdoba.

Observación

03:55 horas del día viernes 16 de octubre de 2015. El objetivo de mi observación es registrar el paisaje y el movimiento en las adyacencias del Mercado Norte, en el horario que se produce el pasaje de la actividad nocturna a la actividad diurna. Mis compañeros han elegido trabajar en el interior del Mercado en horario diurno, en distintos lugares.

Elijo ubicarme frente a uno de los vértices del mercado, en la esquina de San Martín casi Oncativo, para tener mejor observación de dos laterales del edificio que tiene su puerta principal en Oncativo 50. Arribo al lugar en mi automóvil Honda City de color blanco y estaciono sobre calle San Martín. En este lugar la calle cambia de nombre, porque hasta la cuadra anterior se llama La Tablada.

Previo a estacionar, di una vuelta por la zona. Observé que en la esquina de calle Libertad y San Martín, cuatro travestis dialogan animadamente mientras ofrecen servicios sexuales. Al advertir mi presencia, dos de ellas me saludan animadamente y una, tratando de ganar la competencia, exhibe sus atributos físicos. Continúo mi marcha lentamente, llego a mi punto de observación, recorro con mi vista los lugares circundantes, y recién después de asegurar el cierre central de las puertas, detengo la marcha del auto. Cuando me apresto a registrar datos de temperatura y humedad ambiente y comenzar la descripción del paisaje, una travesti se aproxima al auto desde calle La Tablada. Su presencia me toma por sorpresa, porque no había advertido su presencia. Se aproxima y se detiene al lado de la puerta del acompañante de mi auto. Bajo el vidrio, nos saludamos y ella me pregunta amablemente qué estaba buscando. Le miento diciéndole que esperaba alguien. Ella me dice si no quería hacer algo mientras esperaba. Agradezco el ofrecimiento y lo más cortésmente que puedo insisto en el rechazo. Como para desviar la conversación, le pregunto si había trabajado y me responde que muy poco: “hice solo dos salidas en toda la noche. Y fueron solo bucal”; aclarando inmediatamente: “hay muy poca gente en la calle”. Le pregunto su nombre: “para vos soy Cindy ¿De verdad no vas a querer que hagamos algo? No te cree nadie que estás esperando una persona en este lugar. Y ojo que si estás esperando una traba, esta es nuestra esquina”. Le aclaro que si bien espero alguien, estoy trabajando. Cambia su rostro. “¡Botón seguro que sos! ¡La cara te vende! Acerté, porque apenas te vi pensé que eras botón. O abogado, por el auto. ¿De verdad no querés

que hagamos algo? Un bucal te lo hago por cien pesos y completo doscientos”. Agradezco nuevamente la propuesta de Cindy, y le reitero mi negativa. No obstante, insiste con sus dudas: “Decime la verdad ¿estás trabajando o estás esperando alguien?”. La situación me había tomado imprevisiblemente y no había ensayado una respuesta. En el momento me invadió la sensación de que si le detallaba lo que verdaderamente estaba haciendo en el lugar —una observación para un trabajo práctico de una materia de la licenciatura en antropología— iba a quedar expuesto, y además de no creerme, posiblemente me iba a poner en ridículo, así que insistí con mi postura. A todo esto, Cindy ya se había apoyado en el techo del auto intentando persuadirme que su oferta era generosa y conveniente. Medía aproximadamente 1,75, era delgada, tenía cabello largo y oscuro, vestía un top y una minifalda diminuta, y tenía unos zapatos de tacos muy altos y de varios colores, que me recordaron los que suele usar una compañera de la facultad. Cindy debía tener aproximadamente, entre 25 y 30 años de edad.

Pude ver el tatuaje de cinco puntos en el dorso de la mano derecha cuando se apoyó en la ventana del auto, lo cual delataba su paso por un establecimiento penitenciario. Percibí que tenía un perfume muy dulce, de aroma muy intenso, que me resultaba desagradable. Mientras intentaba retener datos para luego escribirlos, y mientras vigilaba mi seguridad, ya que estaba con la ventanilla baja, ella seguía hablando y ofertando. “Tengo las mejores lolas de todas las travestis que estamos en esta zona y mira que somos muchas”. “Te operaste o son de aceite”, pregunté como para no ser tan cortante. Parece que se interesó con la respuesta, porque inmediatamente respondió: “Estas son de aceite. Acá casi todas las chicas usamos aceite para la cola y para las lolas ¡Las operaciones están carísimas! ¡Pero cuando junte plata, me opero!”. Cindy se refería al aceite industrial que se utiliza para aumentar y modelar el cuerpo, una especie de procedimiento estético de la marginalidad, mucho más económico que un implante, que consiste en aplicar aceite de uso industrial y esperar que se encapsule y el cuerpo no lo rechace. Estos procedimientos suelen traer con el tiempo, gravísimos problemas de salud. Y estaba seguro de que Cindy sabía mejor que yo las consecuencias.

Mientras pensaba esto, ella seguía hablando y valorando sus atributos. En ese momento observo que un auto a muy baja velocidad, que circulaba por La Tablada, detiene su marcha en la esquina, y luego continúa por Oncativo. El conductor del auto, un hombre de unos 40 años que circula-

ba con el vidrio bajo, observa a Cindy detalladamente, que muy atenta a todo lo que sucede a su alrededor, comienza a posar para exhibirse mejor. El auto continuó la marcha a muy baja velocidad y Cindy lo siguió con la vista. Advirtiéndolo que podía ser un potencial cliente, se despidió de manera no muy enfática y volvió despacio a “su” esquina, es decir, a la ochara opuesta a la que yo me encontraba. Unos cuarenta segundos después, mientras intentaba tomar la temperatura ambiente, comenzar la descripción del paisaje, y superar el imprevisto incidente en mi observación, advierto que el mismo auto, un VW Gol de color rojo con vidrios polarizados y no muy nuevo, aparece por San Martín y dobla hacia Oncativo, previo hacerle señas de luces a Cindy. Detuvo su lenta marcha sobre esta última calle. Cindy al ver la maniobra, se aproximó caminando de manera exageradamente sensual. Se apoyó en el techo del VW Gol, hablaron unos veinte segundos y luego Cindy se dirigió al asiento del acompañante, y subió al auto que se alejó por Oncativo.

Volví a observar a mi alrededor. Por el espejo retrovisor pude ver que las cuatro travestis continuaban en la esquina de Libertad y San Martín y que no había más nadie en la calle. Observé la hora y comprobé que ya habían pasado los primeros quince minutos de mi observación. Tomé la temperatura: 10 grados. Sentía frío y advertí que no era algo subjetivo porque las travestis de la otra esquina cada tanto saltaban o se movían exageradamente, aparentemente para entrar en calor. La humedad marcaba 60 por ciento. Cada tanto pasaba un auto por Libertad y las travestis ofertaban animadamente. Al advertir que había muy poca gente en la calle, bajé del auto y lo primero que advertí es que podía escuchar lo que las travestis hablaban en la otra esquina, algo impensable en una situación diurna por la intensidad del tránsito y del movimiento comercial propio del lugar. Advertí también que había un fuerte olor a orina, ya que la esquina, en la que de día funciona una verdulería, de noche es usada como baño de ocasión.

Advertí que el alumbrado público era irregular. Las esquinas estaban más iluminadas que en la mitad de cada una de las cuadras, porque se advertían bolsones de oscuridad irregulares, tanto sobre San Martín hacia Libertad, como sobre calle La Tablada. En cambio, en la zona del Mercado, es decir sobre Oncativo, la iluminación abarcaba todo el frente de calle Oncativo y era difusa en el lateral de San Martín. Mientras tomaba nota de la iluminación, un taxi Chevrolet Corsa, pasa muy lentamente por

San Martín hacia Humberto Primo. Su chofer me mira y la situación me desconcierta, pero sigue su curso. La acera se ve limpia en la zona en la que me encuentro. Me da la impresión que ha sido aseada rato antes de mi arribo al lugar. Escucho unas risas y unos gritos que vienen de la zona de la peatonal de San Martín, cruzando Humberto Primo, y al girar la vista veo tres muchachos jóvenes que riéndose, se desplazan por esta última arteria, en dirección a General Paz, aunque no pude registrar mayores datos de ellos por la distancia. Continúo con mi observación. Los edificios en general, bajos para un lugar tan céntrico, tienen frentes poco cuidados. El color que predomina es el gris. La cartelería que utilizan los comercios es la mínima indispensable para señalar la presencia de cada uno de los negocios, y no presentan mayores ornamentos. La ausencia de carteles de neón es total. Observando todo el paisaje da la impresión de que nadie habita el lugar. Que sus escasos moradores, como en un cuento de hadas, aparecen con las sombras y desaparecen con las primeras luces del sol.

Al tomar un poco de perspectiva imaginaria, advierto que en realidad la construcción principal y la actividad humana que allí se lleva adelante modeló la fisonomía de toda la zona, a tal punto que uno advierte que todos los lugares adyacentes al Mercado Norte, no conforman un conjunto unificado con el resto del centro de la ciudad. Que el edificio mayor “manda” en el paisaje, y que el resto de las estructuras constituyen formaciones “secundarias” y “subordinadas” con respecto a esta, especialmente en lo que respecta a su funcionalidad y diseño. Y precisamente de noche ese paisaje de ausencias, deja lugar a otras presencias, que necesitan de aquellas como algo imprescindible para su existencia. Me surge el interrogante acerca de esta relación, de personas que modelan un paisaje, y de paisaje imprescindible para algunas personas.

En ese momento pasa un móvil policial por La Tablada, cruza lentamente San Martín y se detiene al ingresar a Oncativo. Advierto que me van a controlar. Efectivamente, el móvil policial retrocede y detiene su marcha en la mitad de la intersección. Ubicado en el asiento del acompañante, el jefe del móvil desciende del rodado, mientras escucho que el chofer anuncia a la central de radio que iban a realizar un control. El policía aproximándose saluda de manera seca. Advierto que es un sargento primero de unos 40 años, delgado. Me llamó la atención que tuviera el chaleco antibala colocado, pero sin sujetar en los costados, lo que ampliaba sus dimensiones corporales. Supuse que posiblemente lo llevaba pues-

to de ese modo para patrullar de manera más cómoda y porque también suponía no iba a encontrarse con un peligro mayor, ya que el chaleco en esa posición aumenta su vulnerabilidad. Portaba una escopeta bastante desgastada, marca Valtro, fácilmente reconocibles porque son las únicas que tienen cargador externo. Al aproximarse lo saludé por su jerarquía, como para dar a entender que su trabajo no me resultaba desconocido. Me pidió me pusiera contra la pared contigua al negocio de la esquina y me pregunto qué estaba haciendo en el lugar. Hice lo que me pidió mientras le decía que era retirado de la Policía Judicial. Al escuchar esto, me palpó de armas, pero su actitud se relajó y me pregunto por mi jerarquía. El chofer ya había descendido y se aproximó a mi auto con una linterna. Me pidió mis documentos personales, corroboró que le decía la verdad y volvió a preguntarme qué estaba haciendo en el lugar. Le respondí que una observación para un trabajo práctico de la universidad, al tiempo que le mostraba la libreta con mis anotaciones de horarios, personas y hechos. El otro policía se acercó y alumbró con la linterna la libreta mientras le informaba al que conducía el procedimiento que el auto parecía *“estar limpio”*. Este era un policía mucho más joven, de unos 22 años, alto y robusto y su uniforme lucía bastante desarreglado. Con la luz de la linterna leyeron ambos mis anotaciones. El más joven, el que oficiaba de chofer, sonrió y me preguntó quién era Cindy. Le dije que era la travesti que seguramente ellos conocían muy bien, porque paraba en esa esquina. Que a mi arribo, se había acercado a ofrecer sus servicios y se presentó y por eso sabía su nombre. Al parecer no le gustó que le dijera que ellos seguramente la conocían, porque cambió su gesto, pero no dijo nada. El jefe de coche, más relajado, me recomendó que tuviera cuidado. “Nos hicieron dos hechos de caño la guardia pasada en esta cuadra”, refiriéndose a dos asaltos ocurridos días antes; y aclaró: “Si se va a levantar un trava para sus estudios, es mejor que se lo lleve en el auto”. Mientras, le informaban al chofer a través de la radio del móvil policial —que estaba a todo volumen— que mi auto no tenía pedido de secuestro. Y este avisaba que yo era policía retirado, y que estaba haciendo un estudio para la universidad. El operador de radio, al parecer sorprendido, preguntó “¿Para la universidad? Dígale al Eva (empleado, en la jerga) que use foxtrox (por forro, preservativo en la jerga) para el estudio. No vaya a ser que...”. Reconocí el clásico humor policial, irónico, atrevido y desconfiado, y sonreí. Ellos hicieron lo mismo, y subiendo al móvil, no muy convencidos con mis explicaciones, pero sin más

nada por hacer en el lugar. El móvil se alejó lentamente por Oncativo y allí pude ver que era el interno 6304, una pick-up Chevrolet con poco tiempo de uso. Miré la hora y eran casi las cinco de la mañana. Mientras tomaba nota, los policías observaban mi acción con gran desconfianza.

El incidente con la policía sí lo había tenido en cuenta y sabía que a ellos debía decirles la verdad aunque no me creyeran, pero la situación demoró más de lo que había pensado y me descentró de mi trabajo.

Miré nuevamente a mi alrededor y observé que en la esquina de calle San Martín y Libertad solo había quedado una travesti. Además advertí que los autos y especialmente los colectivos de transporte urbano comenzaban a circular con mayor frecuencia. Siempre tuve la fantasía que los motores diésel de los colectivos emiten un sonido característico y muy particular durante la madrugada, distinto al que producen de día. En realidad, es el mismo sonido que emiten durante el día, solo que la ausencia de otros ruidos hace que sean escuchado nítidamente, tal como lo produce ese tipo de motor. Como sea, advertí que pasaban con mayor frecuencia los colectivos porque reconocía ese sonido característico y tan llamativo de manera más continua.

Mientras anotaba esto, observé que un hombre de unos cincuenta años, con un bolso al hombro, caminaba por la vereda derecha de La Tablada, cruzó San Martín y continuó por Oncativo. Daba la impresión de ser un empleado o changarín de alguno de los negocios de la zona. Caminaba muy pausadamente, y al pasar me miro. Su semblante no era el de los policías ni el de Cindy, porque se advertía que, aunque recién levantado, había dormido por lo menos un rato. Siguió por Oncativo y se quedó en la esquina de Rivadavia, apoyado contra una pared, como esperando el arribo de alguien. Mientras observaba la situación y registraba en la libreta, advierto que un auto se aproxima y detiene su marcha sobre La Tablada, metros antes de llegar a Oncativo. Al girar la vista veo que es el VW rojo con vidrios polarizados. Permanece unos segundos detenido en el lugar, pero en marcha, hasta que se abre la puerta del acompañante y desciende Cindy acomodándose la ropa que vestía en el torso. Me sorprendió que traía una especie de campera en una de sus manos, que no recordaba haber visto ni cuando hablábamos ni cuando se alejó. Fue hacia “su” esquina y luego de unos segundos, cruzó hacia donde me encontraba. Me preguntó en tono de burla, si continuaba “esperando”. Le dije que sí y advirtió que tenía la libreta y la lapicera en la mano. Volvió a preguntarme que estaba

haciendo y le respondí que ya le había dicho. Caminó como alejándose, pero giraba y volvía cerca del auto. Como para decir algo, hice el comentario que por lo menos había trabajado, y enseguida me aclaró: “Fue solo otra francesa. Nada. Está horrible la noche”. Y volvió a la carga: “Y vos que no querés hacer nada. Te hago una francesa por ochenta pesos, ¿querés?”. La respuesta fue nuevamente no, y Cindy, convencida por fin de mi negativa, se alejó a su esquina. Ya eran las 05:20 horas.

Pasó otro auto, despacio, por La Tablada, y siguió hacia Oncativo. Era un Fiat Uno de color gris. Por detrás venía un remis, un Fiat Siena. Los conductores de los dos autos parecían tener la misma actitud exploratoria. Ambos pasaron muy lento frente a Cindy, quien se exhibía de forma casi grotesca. El remis pareció que había detenido la marcha, pero siguió su camino. Allí advierto que el mismo móvil policial que me había controlado un rato antes, venía circulando por San Martín. Al pasar, el chofer hizo sonar la bocina brevemente, en un extraño pero habitual saludo amistoso que se da entre policías, y continuó hacia Humberto Primo. Comprendí por qué el conductor del remis no se había detenido y pensé que posiblemente regresaría. Pasaron unos cincuenta segundos y advertí que el que regresaba era el Fiat Uno, no el remis. Mientras, Cindy me decía desde la otra vereda: “¿Viste que tenía razón? Sos cobani”. El Fiat Uno se detuvo, Cindy se aproximó al auto y después de hablar unos tres o cuatro minutos con su conductor, se alejó sin llegar aparentemente a un acuerdo. Pero Cindy permaneció un poco más alejada de donde yo estaba: el saludo policial me había dejado en evidencia y su instinto de supervivencia le aconsejaba alejarse. Se fue alejando lentamente hacia Humberto Primo, por San Martín. Al llegar a mitad de cuadra, un hombre que venía caminando en sentido contrario se le acercó y hablaron. Luego de unos instantes, Cindy y este hombre, de unos cincuenta años, cabello entrecano y ropa de trabajo, cruzaron la calle y se perdieron por el pasaje peatonal del lateral sur del Mercado, por Cantacara. Daba la impresión de ser un changarín que se disponía a comenzar su día laboral. Ya eran las 05:50 horas.

El cielo comenzó a aclararse, aunque continuaba la oscuridad nocturna. Y sentía más frío que cuando llegué, pero al observar la temperatura corroboré que seguía en 10 grados. Sin perder de vista el auto, caminé hacia la peatonal Cantacara atraído por unos ruidos y por la curiosidad de donde había ido Cindy con aquel hombre. Llegué a la esquina y vi que un camión aparentemente con cajones de fruta había ingresado por la peato-

nal y tres hombres, ruidosamente, se aprestaban a comenzar la descarga en una de las tantas verdulerías que hay en el lugar. Sus voces eran las características de los trabajadores del Mercado. Estruendosas, pobladas de risas, insultos, reclamos y chistes por momentos brutales. Casi siempre que voy al Mercado recuerdo algunas escenas de *El Matadero* (1871), de Esteban Echeverría, como en ese momento.

Después de ese viaje imaginario de unos segundos, vuelvo a la realidad. Y advierto que de Cindy, ni noticias.

Entre gritos, comienza la descarga. Y de a poco advertí que la presencia de más autos y colectivos circulaban por el lugar. Eran las 06:00 de la mañana. El paisaje estaba cambiando. Como en el cuento de hadas, unos personajes aparecían con la luz y otros comenzaban a hacerse lentamente invisibles. Era el horario de la transición. O del relevo. Y mi observación había finalizado.

Referencias

Bischoff, Efrain (1986). *Historia de los barrios de Córdoba: sus leyendas, instituciones y gentes*. Córdoba: B Editores.

De Certeau, Michel (2000). *La invención de lo cotidiano I*. México: ITESO.

Sitios web consultados

Redacción La Voz (2013). De paseo por el Mercado Norte. (2013, junio 10). La Voz del Interior. <https://voydeviaje.lavoz.com.ar/voy-de-viaje/de-paseo-por-el-mercado-norte/>

Datos de referencia

Fecha: 16/10/2015

Lugar observación: San Martín y Oncativo, en uno de los laterales del Mercado Norte

Tiempo de observación: 2 horas (desde las 04:00 hs. hasta las 06:00 horas)

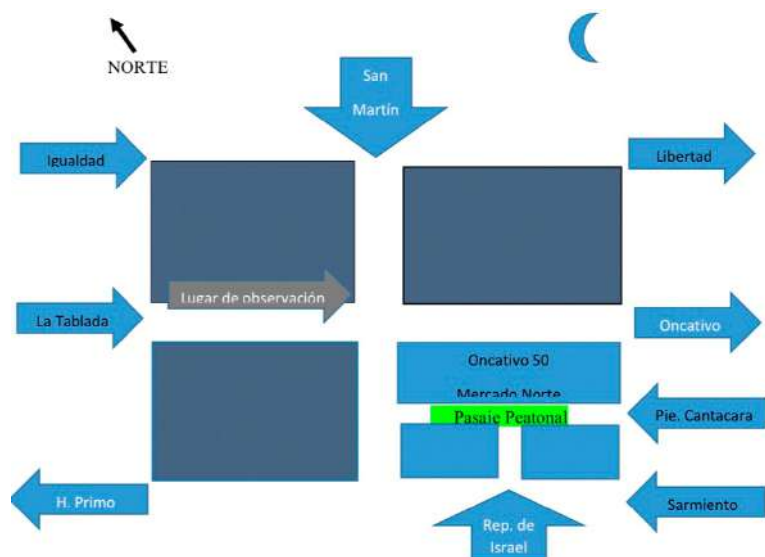


Imagen 1. Título: Esquema gráfico del espacio y los lugares desde donde se observó. 2015. Fuente: Elaboración Miguel Robles.



Sobre observaciones, urbanidades y agradecimientos

Miguel Robles

Cuando por casualidad y justo antes que desapareciera, leí el mail de Lino en relación al humilde registro de campo realizado en inmediaciones del Mercado Norte de Córdoba, el 16 de octubre de 2015, que era el segundo parcial de la materia Antropología en Contextos Urbanos –mail que merced al sistema de IA, Meta había decidido era “correo no deseado”– me generó cierta alegría y algo de nostalgia recordar aquel trabajo, pero sobre todo, aquella cátedra y aquellxs docentxs y compañerxs de hacía ya casi nueve largos años, que créanme, cambiaron mi percepción para siempre de la realidad urbana.

Estaba en mi oficina revisando la organización de seguridad de lo que sería la próxima “Muestra de Carreras” de la UNC; y terminaba de hojear una edición para docentes, en la que se leía el lema de la Muestra: “La UNC nos transforma”. Buscando un mail que había extraviado, por casualidad me topé con el mail de Lino. Una sonrisa me invadió el cuerpo y me sacó de la atmósfera de trabajo: acababa de recibir una botella lanzada al mar de los tiempos, y había llegado a destino por puro azar. Y no pude dejar de unir el lema de la Muestra, con lo que la cátedra “Antropología en Contextos Urbanos” había producido en mi vida. Definitivamente, “Urbana” ó “Urbanas”, como le decimos lxs estudiantes de “antro”, me había transformado, para siempre, la percepción sobre la forma de habitar barrios y ciudades.

En “Urbana” leí por primera vez, en profundidad, algunos de los pensadores de la Escuela de Chicago (Park, [1929] 1999; Whyte, [1943] 1971; Wirth, [1938] 2005), o el genial Michel De Certeau (2000) (por favor, no dejes de leerlo), que literalmente me iluminaron, aclarándome muchísimos conceptos que tenía residiendo dentro mío, pero en improductiva desconexión conceptual. Y tras pensarlos, unirlos e incorporarlos, explotaron las relaciones y los sentidos. Vincular el concepto de “paisaje” –que había cargado en la mochila antropológica en las clases de las distintas “Arqueologías”– con el problema que intenté plantear en aquel humilde trabajo de observación –referido a la recíproca interacción habitantes/espacio urbano– fue producto indudable de “Antropología Urbana” (sic).

Metodológicamente, aprender a “ver” y “observar” cómo se habita la ciudad; o adquirir el gesto de levantar y agudizar la vista y los sentidos para contemplar lo visible-no advertido, es algo que leí, pensé, problematicé, discutí y ejercité en “Urbana”. Y esas técnicas-conceptos los incorporé como un modo inescindible y permanente de analizar la realidad o más específicamente mi posición de observador en la realidad, que, en gran parte, transcurre en un medio urbano.

Como el proceso de aprendizaje es colectivo, me permito suponer que muchos de estos conceptos y técnicas, a todos a quienes nos tocó en suerte asistir a aquellas clases, seguramente los vamos a portar en el cuerpo y los sentidos, el resto de nuestras vidas. Y precisamente, porque fueron y siguen siendo sumamente relevantes para la construcción de una mirada antropológica, no puedo dejar de mencionar algo fundamental en aquel proceso de transmisión-aprendizaje: nos transformaron no solo por la potencia de sus postulados, sino porque fueron presentados con una enorme humanidad y un inmenso compromiso, sumado a un profundo conocimiento, que no fue solo conceptual y teórico: había mucha práctica etnográfica por allí. En ese sentido, no puedo dejar de mencionar y agradecer, con un enorme cariño, a Miriam, María Laura; Agustín (docente), Agustín y Nancy (en aquellos años, ayudantes alumnos), y a tantxs compañerxs que nos acompañaron, hicieron y siguen haciendo posible ese transitar y ese aprehender.

Y mucho más próximo a estos días, es justo agradecer el extraordinario esfuerzo que realizan Lino y el resto de lxs compañerxs que integran el equipo que moviliza este proyecto, que buceando en años de producción de alumnos de “Urbanas”, se dedican a encontrar regularidades, constantes, contrastes y cambios, pero, sobre todo, a lanzar botellas al mar de los tiempos, haciendo posible con su dedicación, estos encuentros.

A todxs ellxs, y a lxs que se tomen el tiempo de leer estos humildes e imperfectos trabajos de aprendizaje, muchas pero muchas gracias.

Referencias

De Certeau, Michel (2000). *La invención de lo cotidiano I*. México: ITESO.

Park, Robert [1929] (1999). La ciudad. Sugerencias para la investigación del comportamiento humano en el medio urbano. En *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Barcelona: Ediciones del Serbal.

Whyte, William F. [1943] (1971). *La sociedad de las esquinas*. México: Diana.

Wirth, Louis [1938] (2005). El urbanismo como modo de vida. En *The American Journal of Sociology*, Col 44.

La Nueva Terminal de Ómnibus de Córdoba





La Nueva Terminal de Ómnibus: una puerta para Córdoba y sus diversos urbanitas

Emilio Tanus Mafud

Luna y Macarena en su escrito abordan la Nueva Terminal de Ómnibus de Córdoba, siendo esta la “puerta” desde la cual, diariamente, ingresan y egresan los múltiples colectivos provenientes de distintos puntos de la provincia de Córdoba.

Analizan esta infraestructura urbana siguiendo la perspectiva relacional propuesta por Pierre Bourdieu, entendiendo que este espacio se explica por la (re)creación de diferentes vínculos. En esta dirección, es posible observar en la terminal la articulación de diferentes localidades de la provincia, reflejada en el constante movimiento de arribo/llegada de medios de transporte que trasladan a diversos agentes, impulsados por la concreción de sus acontecimientos cotidianos de vida o, en palabras de Mayol (2010), los “microacontecimientos”. A la par del fluir de colectivos sucede el heterogéneo y transitivo proceso de habitar el espacio. Este último está marcado por las distintas experiencias de vida de las personas que permanecen, transitan y significan a la terminal, como bien señalan Lourdes y Macarena con sus propias trayectorias como estudiantes y con sus observaciones respecto a los vendedores y las familias que esperan los colectivos.

Por último, las autoras nos invitan a reflexionar sobre cómo el Estado, con sus proyectos de construcción de espacios públicos influyen en la vida urbana, tensionando este accionar estatal con las propias prácticas de (re) apropiación y (re)significación de los múltiples agentes que habitan día a día la terminal de ómnibus.

A continuación, podrán leer el escrito realizado por Lourdes y Macarena en el 2016, así como también, la reflexión que hoy ellas misma sobre la significancia de la elaboración aquí presentada.

Referencias

Mayol, Pierre (2010). “El barrio”. En De Certeau, Michel; Giard, Luce y Mayol, Pierre (eds.) *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana/ Instituto tecnológico y de estudios superiores de occidente.



Registro de observación en la Nueva Terminal de Ómnibus de Córdoba

Lourdes Luna

Macarena Diaz Martin

La distinción entre espacios comunes y públicos planteada por David Harvey (2013) en “Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana” nos ha llevado a esbozar como tema de este análisis la posibilidad de pensar la construcción de la Nueva Terminal de Ómnibus como un espacio público, es decir, como parte de aquellos bienes que han sido siempre objeto del poder estatal y de la administración pública. A su vez, Harvey (2013) propone otra categoría, la de bienes comunes, como aquellos bienes que requieren de una apropiación y acción política por parte de los ciudadanos y que se definen siempre en relaciones sociales que son inestables porque dependen de las luchas sociales, motivo por el cual el autor prefiere hablar de “prácticas de comunalización”. Este segundo concepto nos lleva a preguntarnos por la terminal y las personas que la habitan como personas que están en flujos de movimientos continuos y por las posibilidades urbanas que allí se disputan -las distintas posibilidades de habitar la ciudad que posibilita o impide la terminal como lugar que conecta personas y espacios-.

Por otra parte, consideramos pertinente asumir la perspectiva relacional de Bourdieu (1999), quien en *La miseria del mundo* nos remite a estar en constante vigilancia epistemológica respecto a los pensamientos sustancialistas de los lugares. Siguiendo este eje, consideramos que la terminal no se define ni se explica por sí misma, sino en los vínculos que se establecen en su (re)creación continua, donde se articulan diferentes lugares. Desde una revisión de las observaciones de campo, un factor que resulta frecuente es la convivencia y el encuentro en la terminal de una heterogeneidad de personas, las cuales a simple vista pueden pensarse como pertenecientes a distintos grupos y con trayectorias también específicas y diversas. Este primer acercamiento a la terminal como un espacio que lejos de aparecer unificado es diverso, lo inferimos a partir de un comentario que nos hizo un vendedor en uno de los muchos negocios que allí funcionan: “La terminal Nueva no es como la vieja porque en la primera la gente se mueve para trabajar, y hay horarios pico a la mañana

bien temprano, al mediodía y a la tarde”. A partir de estas observaciones preliminares y los autores mencionados surgen nuestros primeros interrogantes: ¿cómo son y qué producen las conexiones que habilitan los diversos transportes de la terminal, considerada como un espacio público que conecta diferentes lugares y distancias? ¿Qué otros espacios conviven en lo que se define como la Terminal de Córdoba? ¿Cómo experimentan las personas el flujo continuo de movimientos que se produce en la terminal y las relaciones que los conectan?

A partir de nuestras observaciones de campo, también percibimos otra dimensión presente en la terminal, aquella de los acontecimientos cotidianos de la vida de las personas que por ella transitan (los “microacontecimientos” en términos de Mayol, 2010). Esto se infiere a raíz de nuestra propia presencia en el campo, explicitada en una de nuestras observaciones cuando una de nosotras menciona que transcurre diariamente por la terminal ya que es el modo que tiene de ir desde la facultad a su casa (situada en una localidad diferente a la de Córdoba). Aquí pensamos que los medios de transporte acortan distancias, y la terminal aparece como un espacio familiar que une lugares. El trazado urbano aparece así como parte las prácticas que hacen las personas por apropiarse de los espacios acorde a sus obligaciones, necesidades y, en algunos casos como este, deseos (el de poder estudiar), en el marco de un proyecto estatal de construcción de espacios públicos (Harvey, 2013). El rol del estado en la construcción de los mapas no es ingenuo, ya que todo espacio es objeto de lucha y el estado, tanto desde su presencia como desde su ausencia interfiere en este proceso (Wacquant, 2001)

Por otra parte, consideramos pertinente repensar la propuesta de Emilio Duhau y Angela Giglia (2008) para profundizar en este plano de análisis. Al pensar la cotidianeidad de los trazados urbanos, el concepto de experiencia nos es útil para plantear que así como las diferentes prácticas urbanas no son homogéneas, tampoco lo son las posibilidades de habitar la terminal -en tanto conocimiento y apropiación de ese espacio-. Asimismo, el concepto de experiencia nos permite pensar en la posibilidad de llevar a cabo una serie de prácticas y representaciones ancladas en prácticas cotidianas de residencia. Entonces, retomando la perspectiva relacional de Bourdieu, además de pensar el “acercamiento” en términos de rutas y posibilidades de movilidad, podemos también problematizar los destinos involucrados. Por ejemplo, aquellos de los distintos trabajadores de quie-

nes nos habló el vendedor al que hicimos referencia en el primer párrafo, quien sostenía que las personas transitaban y hacían llenar la terminal en horarios pico. Aunque no conocemos estos destinos laborales, podemos inferir que algunos de ellos deben ser diferentes a los nuestros y la forma en que habitamos nosotras mismas ese espacio como estudiantes de la universidad pública que viven en ciudades “de afuera”, de los distintos interiores que tiene la provincia de Córdoba. Entonces, desde el concepto de “experiencia” propuesto por los autores podemos decir que habitamos diferente porque nuestras residencias son diferentes, nuestra ubicación socioespacial influye en nuestra práctica urbana.

Si aceptamos que en la ciudad coexisten variados lugares, pero que están entrelazados en algún punto, en este caso a través de la terminal, nos surge como segundo grupo de interrogantes, ¿dónde establecemos los límites de la terminal? ¿en cada parada que la gente recorre? ¿qué implicancias analíticas tendría pensar la terminal relacionalmente? Las observaciones analizadas no nos alcanzan para indagar en todos los destinos que toman las personas ni las rutas de los colectivos, pero creemos que se entrama una enorme complejidad detrás de estos recorridos, tal como se menciona en una de las observaciones “[...] Los demás transeúntes que circulan por ese espacio son variados. Registro diferentes edades, infiero diferentes clases sociales (a partir de vestimentas, posesiones que portan), diferentes rumbos que conducen a estas personas [...]”. Para pensar en los límites de la terminal deberíamos realizar una investigación más exhaustiva. Asimismo, un aporte que nos ayuda a seguir problematizando este tema es el de Sennett (2007), quien al considerar las ciudades abiertas como espacios al mismo tiempo densos y diversos, donde los lugares pueden adquirir funciones tanto públicas como privadas, propone el carácter incompleto como identificador de esta nueva configuración y así el valor del espacio en cuestión adquiere sustento en relación al contexto en el cual se encuentra ubicado. El valor deriva de la función mutua que se establece con otros espacios, así podemos pensar el valor de la terminal en relación con el de espacios anexos a la vez que con los locales que se encuentran en su interior. La terminal en sí misma se vuelve una forma incompleta.

En conclusión, en el primer párrafo planteamos que el tema situado en este trabajo se refería a la construcción de la terminal como espacio público o común. Quizás no pudimos elegir una u otra categoría, sino más bien optamos por un uso de estas categorías más fluido, en consonancia con la

propuesta de Harvey (2013). Como propone Licon Valencia, nos parece útil pensar cómo el carácter público de la terminal ya no puede cerrarse a un conjunto de disposiciones, sino que deviene dinámico y entendido dentro de procesos histórico contextuales.

Referencias

- Bourdieu, Pierre (1999). "La rue des Jonquilles". En *La miseria del mundo*. México: FCE.
- Duhau, Emilio y Giglia, Ángela (2008). "Prólogo: Orden, desorden y conflicto", "Introducción: Orden urbano y experiencias metropolitanas" y "vida y muerte del espacio público", en *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*. México: Siglo XXI Editores, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.
- Harvey, David (2013). *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Salamanca: Akal.
- Licon Valencia, Ernesto (2007). Plazas metropolitanas y plazas barriales en la ciudad de Puebla. En Portal, María Ana (coord.) *Espacios públicos y prácticas metropolitanas*. México: CONACYT.
- Mayol, Pierre (2010). "El barrio". En De Certeau, Michel; Giard, Luce y Mayol, Pierre (eds.) *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana/ Instituto tecnológico y de estudios superiores de occidente.
- Sennett, Richard (2007). "La ciudad abierta". *Otra Parte*, 11, s/d. <https://www.revistaotraparte.com/op/pensamiento-urbano/la-ciudad-abierta/>
- Wacquant, Loïc (2001). "Elias en el gueto negro". En *Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.



Acerca del parcial

Lourdes Luna
Macarena Diaz

Encontrarnos con la lectura de uno de los primeros ejercicios de registro etnográfico que hicimos en la carrera, junto con el posterior análisis de este parcial fue muy grato e interesante. Realizamos esta materia en el año 2016, cuando éramos estudiantes de la Licenciatura en Antropología. Hoy, varios años después de habernos recibido, releemos este trabajo conjunto, y nos surgen algunas reflexiones.

En primer lugar, nos llamó la atención la poca presencia que le otorgamos a las personas en el análisis que esbozamos. Si bien afirmamos que la terminal de Ómnibus es un espacio muy concurrido por una diversidad de actores sociales, la relevancia que le dimos a estos individuos fue un poco en detrimento de la centralidad que le otorgamos al espacio, las descripciones del mismo y los autores convocados para el análisis. Releyendo la consigna de parcial, entendemos entonces que lo que hoy calificamos como una falencia en el trabajo, es en verdad parte del aprendizaje del quehacer etnográfico. Aprender a observar en los primeros ejercicios puede tornarse desbordante, y en la vorágine de querer registrarlo todo, podemos perder el foco de uno de los objetivos distintivos de nuestra disciplina: nos interesamos por las personas y sus relaciones sociales.

Hoy, si deberíamos repetir el ejercicio, nuestro foco de atención se ubicaría en otros aspectos de aquellas acciones y personas que transitan la terminal, así como también en intentar recuperar las distintas perspectivas que las personas (incluidas nosotras) tenemos sobre ese lugar, para problematizar la construcción y experiencias de los espacios en relación con problemas sociales.



**Paseo del
Buen Pastor**



Re/flexión sobre el trabajo de Liliana Vilte

Silvia Attwood

El ojo de Liliana Vilte recorre el espacio. Su cuerpo se instala, se acomoda para antropologizar un *locus*. Es el Paseo del Buen Pastor y desde su observación me deslizo, me sumerjo. A eso fui invitada, a (re)flexionar con pupila imaginaria, cuerpo en ósmosis con la otredad, en metamorfosis con esos paseantes. Los y las urbanitas que Vilte describe se enlazan en el espacio y lo social.

Analizar el análisis. Homeostasis etnográfica. Matrioska reflexiva para leer a Liliana, para hacer de sus asuntos mis asuntos y mi ojeo traro, carancho, para desmigajar su experiencia y comprender. La ciudad como objeto que se mira, en tanto espacio de representación; la ciudad como experiencia corporal, que remite tanto al límite que separa como al desplazamiento que conecta el interior con el exterior; la ciudad como experiencia pública de vincularse con los otros para comprender (Segura, 2015).

Reordeno las lógicas de circulación (Kessler, 2004), palpito cada frase, cada efecto de lugar. Vilte escoge a Pierre Bourdieu (1999), cuya noción sobre los efectos que producen los lugares permite en tanto herramienta analítica explorar la relación entre las desigualdades espaciales.

Vilte vertebra la observación. Y la piel lombroseada de los pibes vendedores de artesanías cuya circulación se vuelve crítica. Ellos no pueden estar. No pueden permanecer. No responden al catálogo de colores y apariencias aceptadas por la cantera de lo que no es peligroso. El espacio como un algo físico y jerarquizado lo determina un (E)estado encarnado: la corporeidad del policía que despliega el dispositivo de poder que lo ha investido. Monopolio de violencia, “la yuta”, la policía, enciende metafóricamente la luz roja en el tablero de expulsión.

El análisis de Vilte muestra con detalle minucioso los desplazamientos de los jóvenes, casi en clave de cacería, de persecución sutil, pero intensa por parte del uniformado. Y también la reacción de Liliana, su propia actitud de hacer de los asuntos sus propios asuntos. Ella oficia, es mediadora, se involucra, nos involucra como lectores, nos transmite en la propia carne cómo en el espacio las estructuras sociales se convierten progresivamente en estructuras mentales y sistemas de preferencia (Bourdieu,

1999). Tantear lo que brota aquí y allí, lo que se condena aquí y allá. Una antropología desplegándose.

Darse a leer. Interpelarse. Preguntarnos cuántas veces fuimos la piel lombroseada. Cuántas veces fuimos reproductores de “la yuta” y no salir indemne. Nada menos, nada más.

Flexionar otra vez el mito del urbano retorno.

Referencias

Bourdieu, Pierre (1999). “La rue des Jonquilles”. En *La miseria del mundo*. México: FCE.

Kessler, Gabriel (2004). *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires: Paidós.

Segura, Ramiro (2015). *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*. Buenos Aires: UNSAM EDITA.



Paseo del Buen Pastor, ¿un paseo de todxs?

Liliana Vilte

Las observaciones realizadas en diferentes espacios, junto a la propuesta teórica sugerida por la cátedra posibilitaron reflexionar sobre las prácticas que en ellos se desarrollan.

En este caso las observaciones se realizaron en el Paseo del Buen Pastor. Actualmente es un centro cultural, lugar de consumo y recreación que fue inaugurado como tal en Agosto de 2007 por el entonces gobernador De La Sota. El complejo se conforma por una galería de 6.400 m² que incluye un centro de exposiciones, una sala de eventos¹, una fuente de aguas danzantes y espacios de descanso con mobiliario, locales gastronómicos, tiendas, espacios verdes. Ubicado en avenida Hipólito Yrigoyen al 325, en el corazón del barrio Nueva Córdoba y circundado por enormes edificios y construcciones históricas, el Paseo del Buen Pastor se constituye como un lugar de encuentro y esparcimiento. Antes de su re-funcionalización pos abandono, en el complejo construido entre 1897 y 1906 por el arquitecto José Montblanch, funcionaron primero un taller de oficios para niñas huérfanas a cargo de la Congregación de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor y luego se reacondicionó para ser la primer cárcel de mujeres en Córdoba. Desde antes de la dictadura cívico militar de 1976 el lugar empezó a albergar presas políticas, convirtiéndose así en un centro clandestino de detención durante los años más oscuros de nuestra historia².

En este singular espacio desarrollamos la observación centrando nuestro interés en una situación que tuvo lugar en las bancas de dan a calle Rondeau que llamó nuestra atención. Dos jóvenes de apariencia poco aliñada y aparentemente mochileros, se acercaban a los grupos de jóvenes que conversaban o tomaban mate, sentados en las diferentes bancas cercanas a la fuente de agua ofreciéndoles pulseras, anillos artesanales y otras bijouterie. Las aproximaciones eran breves hasta que llegaron a la banca desde donde junto a mi hermana, observábamos la situación. Mientras

1 Se trata de la Capilla de estilo neogótico que fue desacralizada en 2004.

2 Ver más en: <https://turismo.cordoba.gob.ar/buen-pastor-y-ex-carcel-de-mujeres/>

conversábamos sobre varios temas, un uniformado policial que se encontraba cruzando la calle se aproximó y con actitud de pocos amigos indagó a los jóvenes acerca de los motivos por los que estaban allí. Les preguntó sus nombres y qué estaban haciendo. Los jóvenes dijeron que estaban de paso por Córdoba y que buscaban juntar el dinero para poder comprar alimentos e ir a conocer las sierras. Claramente no era una respuesta satisfactoria porque el uniformado en ningún momento cambió su actitud. Le dijimos al uniformado que queríamos comprarle a los muchachos unos anillos de coco y que nosotras les habíamos preguntado sobre su viaje. Ellos nos habían manifestado anteriormente que andaban viajando hacia varios meses y nos consultaron sobre lugares donde acampar. El uniformado se retiró unos metros y caminaba de un lado a otro, observando a los jóvenes hasta que se fueron.

Esta situación llamó nuestra atención ya que momentos antes yo me había aproximado a una joven sentada en otra banca a preguntarles sobre su perro porque era muy parecido al mío, y en ningún momento el policía se acercó a indagarme. Tampoco vimos, durante el tiempo que estuvimos allí, que se acercara a algún grupo de jóvenes a preguntarles nada. Esta situación cobró relevancia cuando recordamos los posters que en diferentes fachadas del edificio rezan “Un espacio tuyo: Paseo del Buen Pastor”. Otro “Un paseo de todos / un paseo tuyo”, auspiciados por la Agencia de Cultura de la Provincia. La situación relatada nos permite preguntarnos ¿Por qué el discurso oficial promueve la apropiación de un espacio por parte de todxs, si agentes del mismo Estado (policía), invitan a algunxs a irse del lugar?

En “Espacios públicos y prácticas metropolitanas”, Licona Valencia (2007) analiza las diferentes plazas de la ciudad de Puebla, siguiendo a Enrique Finol (2006), plantea que “la globalización en las ciudades ha modificado la relación de los actores urbanos con el espacio público”. El autor observa además la adecuación de espacios que en el pasado tuvieron una determinada función y que hoy son convertidos en complejos comerciales y de diversión, en donde las interacciones sociales se desarrollan reflejando el patrón económico, comercial, arquitectónico y cultural de la globalización y adquieren una significación diferente. El Paseo del Buen Pastor condensa las características de un espacio reformulado, convertido en una (nueva) centralidad en la ciudad. Así “se han construido espacios cerrados que concentran tres actividades fundamentales: intercambio comercial,

diversión y alimentación, sitios que deben su éxito no sólo en razones de orden pragmático (seguridad, comodidad, accesibilidad), sino también a una simbología basada en el prestigio de la globalización cultural” (Portal, 2007, p.152). Más allá de los dispositivos simbólicos materializados en las estatuas de dos artistas cuarteteros de Córdoba instaladas en espacio abierto del paseo que remiten a la cultura popular, el complejo cultural en su conjunto denota por sus características cierta exclusividad. De manera que más allá de la cartelería que refiere a un espacio del que todos pueden disfrutar, en la práctica no todos tienen posibilidades similares de acceso y permanecía.

Pero ¿Cómo se explica que las transformaciones en el espacio estructuren de manera diferencial los modos en que los diferentes actores los habitan? ¿Por qué similares acciones son leídas en claves diferentes, dependiendo de quienes las realizan? En este sentido Emilio Duhau y Angela Giglia en *Las reglas del desorden*, sostienen que “existe un grado significativo de correspondencia entre cada forma de producción del espacio urbano, su forma de organización y las prácticas de apropiación y uso de este último tanto en su dimensión local como en su dimensión más amplia del espacio metropolitano. El “Habitar” es entendido como un devenir en el tiempo, un proceso inacabado de significación, uso y apropiación del entorno, consecuencia del “espacio vivido” asumido como conocido, apropiado y en relación con la trama de equipamientos funcionales, mientras depende de factores topográficos y psico-sociales que permiten los desplazamientos de los individuos, ampliando o restringiendo el espacio frecuentado. Rastreando la noción del “habitar” en el contexto de nuestra observación, inferimos que los sujetos que han logrado asir el espacio a través de ciertas prácticas de apropiación, son aquellos agentes que son habitués en la zona, sean porque viven en los alrededores o porque estando de visita pueden costear las diferentes comodidades que se ofrecen. Así el “habitar es definido como un conjunto de prácticas y representaciones que permiten al sujeto colocarse dentro de un orden espacio-temporal, y al mismo tiempo establecerlo” (Duhau y Giglia, 2008, p.24). Siguiendo a estos autores, encontramos elementos que permiten pensar nuestra observación a nivel más macro. Refieren que para comprender la disociación entre espacios públicos y prácticas urbanas hay que considerar el orden metropolitano que se ha transformado en los últimos tiempos en base a dos lógicas paralelas y complementarias. A saber; la privatización de los

espacios de uso público y de la segmentación social de los públicos. En su devenir el complejo del Paseo del Buen Pastor se convirtió (lo convirtieron) en espacios que han sido destinados a un público específico y una sociabilidad y animación basadas en estilos de consumo y recreación sofisticada. Podríamos pensar en la posibilidad de una depuración social a través de los propios mecanismos de mercado como la aplicación de dispositivos de control, exclusión y vigilancia públicos y/o privados, destinados a filtrar el público asistente. Los lugares que resultan de la división de las prácticas urbanas y de los espacios públicos, se erigen progresivamente como micro mundos con reglas propias. Los autores van a decir que “se parecen a sistemas expertos cuyo funcionamiento hay que aprender, desde los procedimientos hasta los conocimientos de lo que está o no permitido hacer en él” (Duhau y Giglia, 2008, p.24). Podríamos inferir que en nuestro fragmento de observación el espacio en cuestión es un claro ejemplo de privatización de un espacio, donde, a pesar de las consignas que invitan a apropiarse del lugar, la especialización del mismo restringiría el acceso indiscriminado de los agentes.

De especial relevancia para nuestro caso, consideramos las aportaciones hechas por Bourdieu, quien en Efecto de lugar, plantea que “la posición de un agente en el espacio social, se traduce en su ubicación en el espacio físico en que se sitúa, caracterizándose por su posición y su distancia relativa con respecto a otros” (Bourdieu, 1999, p.20). De manera que espacio físico “habitado” o apropiado funciona como una simbolización espontánea del espacio social. Esto se plasma en la estructura espacial de distribución de bienes y agentes. El Espacio social objetivado por su parte refleja la distribución diferencial en el espacio físico de bienes, servicios, grupos y agentes individuales ubicados físicamente y provistos de oportunidades diferenciales de apropiación de esos servicios y bienes. Bourdieu a través de su análisis, sostiene que los esfuerzos por ordenar las estructuras del espacio físico apropiado son las mediaciones por las cuales las estructuras sociales se convierten progresivamente en estructuras mentales y sistemas de preferencia. Esta incorporación de las estructuras de orden se lleva a cabo por la práctica prolongada de movimientos y desplazamientos de los cuerpos que las estructuras organizan y clasifican socialmente. Así el espacio es uno de los lugares donde se afirma y ejerce el poder como violencia simbólica, no siempre inadvertida. Los agentes que frecuentan el Paseo del Buen Pastor, en y por las prácticas cotidianas del espacio habrían in-

corporado las estructuras de orden que determinan las prácticas en él. Por supuesto que esto no alcanza para comprender acabadamente el accionar del efectivo policial, pero nos permite vislumbrar algunas de las dinámicas implicadas en la situación de des-encuentro mencionada.

Referencias

- Bourdieu, Pierre (1999). "La rue des Jonquilles". En *La miseria del mundo*. México: FCE.
- Duhau, Emilio y Giglia, Ángela. (2008). "Prólogo: Orden, desorden y conflicto", "Introducción: Orden urbano y experiencias metropolitanas" y "vida y muerte del espacio público". En *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*. México: Siglo XXI Editores, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.
- Licona Valencia, Ernesto (2007). Plazas metropolitanas y plazas barriales en la ciudad de Puebla. En Portal, María Ana. (Coord.) *Espacios públicos y prácticas metropolitanas*. México: CONACYT.



La importancia del enfoque de la antropología en contextos urbanos

Liliana Vilte

Desde el principio de la cursada de Antropología en Contextos Urbanos, la bibliografía propuesta por lxs docentes tanto para las instancias teóricas como prácticas, me interpelaban de manera que cada vez que salía a la calle miraba los paisajes con una lente diferente. Además recuerdo que en las reuniones con algunxs compañerxs conversábamos de diferentes situaciones que presenciábamos en nuestro transcurrir cotidiano en la ciudad. Por lo que la propuesta de las observaciones que fueron inicialmente para las instancias prácticas y que luego fueron el insumo para el segundo parcial, era un desafío bastante tentador.

Las observaciones realizadas en mi caso en el Paseo del Buen Pastor, me permitieron reflexionar teniendo en cuenta las lecturas ya hechas, e indagar en otras que aún no había leído, sobre todo aquellas que analizaban situaciones ocurridas en espacios que de alguna manera compartían características. Por ejemplo el hecho de ser espacios recuperados o reformulados que se concebían como públicos. Sin embargo no se trató de transpolar análisis, sino de hacerse de herramientas que permitan aproximarnos de otra manera a esos espacios para intentar desmenuzar lo que allí sucede. En aquel momento recuerdo que el tema de la portación de rostro estaba más presente en la agenda pública, o menos solapado, por lo que más allá del análisis en base a los textos elegidos, me intrigaba cómo se entrecruzaba eso en la indagación. Ahora que vuelvo a revisar el escrito me sigue pareciendo interesante la posibilidad de incorporar enfoques interseccionales en el abordaje de diversas situaciones de las dinámicas urbanas. En la situación observada el hecho de que los jóvenes fueran inmigrantes, viajeros de bajo presupuesto, vendedores callejeros, no fue menor. Así como hoy, no es menor el hecho de que la Guardia Urbana invite a irse del Parque Sarmiento a personas que se quedaron sin la posibilidad de pagar un alquiler y que se ven arrinconados a deambular cargando algunas pertenencias.

Destaco la importancia de los abordajes teóricos porque nos permiten no solo mirar, sino ver diferencias y semejanzas entre las grietas de lo urbano donde coexisten espacios y prácticas diversas.



La calle San Martín



Del vacío al paseo: explorando la calle San Martín

María Victoria Díaz Marengo

“La San Martín” no es una calle cualquiera de la ciudad; su ubicación central la ha convertido en una arteria comercial y de esparcimiento clave en Córdoba. Entre finales del siglo XIX y principios del XX, se inauguraron allí los primeros bares, cines, estudios fotográficos y teatros, así como confiterías y comercios donde los sectores acomodados compraban y paseaban, algunos incluso hasta llegar al Mercado Norte, el principal punto de compra y venta de alimentos de la ciudad (López Cepeda, 1966). Desde finales de los 80, los shoppings construidos en barrios alejados del centro comenzaron a concentrar el consumo de las clases medias y altas, como ha sucedido en otras ciudades de América Latina (Duhau y Giglia, 2016). Actualmente, “la San Martín” es conocida como una calle peatonal “popular”¹, donde se puede caminar, mirar vidrieras y encontrar una gran variedad de productos a precios económicos, mientras suena cuarteto y reggaetón a todo volumen desde los locales comerciales. Entonces, surge la pregunta: ¿cómo es la vida urbana en “la San Martín” en la actualidad? ¿Quiénes transitan y habitan esta calle peatonal?

Cecilia Argañaraz, en su texto nos invita a sumergirnos en una descripción detallada de la dinámica social en cuatro cuadras de la calle San Martín y su interacción con la Avenida Colón. La elección del segmento comprendido entre las calles Deán Funes y La Rioja busca indagar las particularidades de esta sección “interrumpida” por la Avenida Colón.

1 La popularidad de la calle peatonal San Martín no solo se debe por su reconocimiento como un destacado punto comercial de la ciudad con una amplia variedad de productos en oferta, sino también porque, como afirmó el Intendente Ramón Mestre durante la inauguración del Paseo de la Fama del Cuarteto en 2014, “[...] representa la calle más cuartetera”. Desde el discurso oficial, este género musical forma parte de la cultura popular de la ciudad y de la “identidad cordobesa”. El 4 de julio de 2013, mediante la ordenanza N°12205 del Concejo Deliberante, el Cuarteto fue declarado Patrimonio Cultural de la ciudad. El año siguiente, el Municipio colocó siete placas de piedra con nombres de cantantes cuarteteros, al mismo tiempo que se llevaba a cabo una “puesta de valor” de la zona que incluyó la ampliación de las veredas, la instalación de adoquines, la disposición de macetones y la incorporación de nuevas luminarias (Tedesco, G., Bengualid, J., Arias M., 6 de abril 2018).

Como parte de su ejercicio etnográfico, ofrece una descripción sensorial y un análisis de sus percepciones, identificando tanto sus representaciones previas como las interacciones sociales que observa durante su recorrido por la calle San Martín. Articula su registro empírico con las producciones teóricas sobre el espacio y el lugar, el poder del tiempo, los límites como hechos sociológicos, el olor como marca de diferenciación e identificación social, el espacio público, la sociabilidad, la inseguridad y los miedos urbanos (Bauman, 2006; De Certeau, 2000; Reguillo, 2008; Simmel, 1986).

A través de su experiencia, describe cómo la calle San Martín cambia durante el fin de semana, mostrando que la temporalidad es clave para conocer la dinámica urbana de esa porción de la ciudad. La calle se le presenta como “una confusión autoordenada” (Delgado, 1999) de transeúntes, vendedores ambulantes y compradores. Al cruzar la avenida Colón, se enfrenta a sus propios temores inculcados desde pequeña y a los prejuicios sobre la supuesta peligrosidad de este espacio que, aunque le es familiar, comienza a transformarse a medida que observa a su alrededor. Así, la observación se convierte en un acto reflexivo, donde la autora no solo registra lo que ve, sino que también confronta sus propias preconcepciones sobre el lugar.

El proceso reflexivo enriquece el análisis, permitiendo que la narrativa fluya desde una impresión inicial de un espacio “vacío” y un “desierto nocturno”, hacia una comprensión sobre la vitalidad y la diversidad que lo habitan: el “paseo”. La noción de “vacío” fue catalizadora de una problematización antropológica para cumplir con una instancia evaluativa. No obstante, me atrevo a plantear que en esta experiencia como estudiante, se puede rastrear sus primeras inquietudes en relación a los desiertos, un tema que sigue siendo central en sus investigaciones actuales (Argañaraz, 2022). Así, “*El Paseo San Martín*” nos muestra cómo ciertas actividades de la vida cotidiana de los habitantes de Córdoba se despliegan en un espacio de circulación del centro de la ciudad, llenando de vida al espacio público y configurando una dinámica particular los fines de semana.

Referencias

Argañaraz, Cecilia (2022). Los mitos del desierto: aridez e imaginarios geográficos en Catamarca y Argentina (1880-1960). *Revista De*

Historia, 1(29), 46-72. <https://doi.org/10.29393/RH29-3MD-CA10003>

Bauman, Zygmunt (2006). “Espacio/tiempo”. En *Modernidad líquida*. Buenos Aires: FCE.

De Certeau, Michel (2000). “Andares de la ciudad” y “Relatos de espacio”. En *La invención de lo cotidiano I*. México: ITESO.

Delgado, Manuel (1999). *El animal público*. Barcelona: Anagrama.

Duhau, Emilio y Giglia, Angela (2016). *Metrópoli, espacio público y consumo*. México: Fondo de Cultura.

López Cepeda, Manuel (1966). *Gentes, casas y calles de Córdoba*. Córdoba: Biffignandi.

Simmel, George (1986). “El espacio y la sociedad”. En *Sociología 2. Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid: Alianza.

Tedesco, Graciela, Bengualid, Jael, Arias Mariel (6 de abril 2018). La calle más cuartetera... Conflictos urbanos y cuarteto como patrimonio popular en Córdoba [Ponencia]. En el 1º Congreso Nacional en Ciencias Sociales: Las ciencias sociales a 100 años de la Reforma Universitaria, Córdoba, Argentina. <https://rdu.unc.edu.ar/handle/11086/14320>

Reguillo, Rossana (2008). Sociabilidad, inseguridad y miedos: Una trilogía para pensar la ciudad contemporánea. *Alteridades*, 18(36), 63-74. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-70172008000200006&lng=es&tlng=es.



El Paseo San Martín

Cecilia Argañaraz

En el espacio público no hay asimilación, ni integración, ni paz [...] puesto que la calle es el espacio de todos los otros. Ningún individuo ni ningún grupo, en la ciudad, pueden pasearse todo el tiempo en su nido, en su guarida o en su trinchera. Tarde o temprano no les quedará más remedio que salir a campo abierto, quedar a la intemperie, a la plena exposición, allí donde cabe esperar el perdón, en forma de indiferencia, de los más irreconciliables enemigos [...] Una calle siempre es así, una confusión autoordenada en la que los elementos negocian su cohabitación y reafirman constantemente sus pactos de colaboración o cuando menos de no agresión. (Delgado, 1999, pp. 189-190).

Introducción

Este trabajo ha sido realizado en base a las observaciones efectuadas en el centro de la ciudad de Córdoba, a lo largo de la calle San Martín, en las cuatro cuadras que se extienden entre la calle Deán Funes y la calle La Rioja (ver plano anexo). Este trayecto se ve interrumpido a la mitad por la Avenida Colón. Desde nuestras representaciones previas, todos los miembros del grupo de observación coincidíamos en que un interesante foco para la misma consistiría en analizar la forma en que se diferencian los segmentos de la calle definidos por dicha avenida. Nuestras ideas tenían que ver con una división socioeconómica marcada entre los espacios y transeúntes ubicados a ambos lados de la avenida, siendo los que se ubicaban del lado de la calle La Rioja más “marginales” respecto de los que se ubicaban del lado opuesto. Hablo de “ubicación” también para referirme al tránsito, porque hipotetizábamos un escaso contacto entre los espacios a partir de las trayectorias de las personas: la mayoría de los viandantes, suponíamos, doblarían en Av. Colón sin adentrarse en las calles del lado opuesto.

Nuestras observaciones se confirmaron parcialmente: si bien hemos observado diferencias entre ambos espacios, no son ni de lejos tan marcadas como esperábamos, en especial en lo que atañe al transitar de las personas. Sin embargo, sí existen notas significativas de diferenciación, que

se ponen particularmente de manifiesto en mis propias observaciones, a causa del día y horario en que fueron realizadas. Al respecto, uno de los ejes de mi trabajo tiene que ver con la forma en la que el intervalo temporal definido como “fin de semana” altera la forma en que se estructura, vive, transita y habita el espacio urbano, haciendo surgir espacios nuevos y específicos de ese tiempo. Por otra parte, el segundo eje apunta a problematizar la contundente desnaturalización que conllevó mi acercamiento al espacio de observación, en cuanto a su “peligrosidad” y las nociones previas que se presentaron al respecto en mi entorno cotidiano.

De “vacío” a “paseo”

El sábado 2 de noviembre a las 19:50 hs, descendí del colectivo sobre Av. Colón, a mitad de cuadra entre las calles Rivera Indarte e Independencia. Apenas puse el pie en la acera, fui asaltada por un contundente aroma a “porro”¹: varios varones jóvenes (alrededor de 17 años) fumaban a lo largo de la cuadra en pequeños grupos, charlando entre sí.

“La cuestión social no es sólo una cuestión moral, sino también una cuestión nasal”, diría con mucho acierto Simmel (198, p. 247). Ese primer impacto olfativo confirmaba en principio las amenazantes predicciones de mis familiares y compañeros de observación al enterarse del horario y día en que realizaría la mía: “cuidate”, “que no te asalten”, “estate atenta”, “es peligroso andar ahí de noche”, “no va a haber nadie”, “ojo que se suelen dar con todo”, etc., etc. Mi olfato parecía estar completamente de acuerdo en que nos rodeaban las “criaturas de la noche” de Reguillo (2008), pobladoras de un “desierto” oscuro acerca de cuya peligrosidad yo había sido, igual que en una fábula tradicional cualquiera, debidamente advertida.

Un elemento que cabe destacar antes de iniciar el relato de la observación propiamente dicha, es la familiaridad previa que yo poseía con el espacio observado, con sus “leyendas” y representaciones de peligrosidad y de localización de la alteridad sociocultural dentro del mismo. Uno de los elementos que destaca De Certeau (2000) a la hora de analizar las formas en las que se imagina un espacio y se actúa en él, es la importancia de las prácticas del espacio de la madre en la estructura espacial del sujeto-hijo. A lo largo de toda mi vida he recorrido esas cuadras, siempre en los días y

1 También “faso”. Dícese comúnmente en Córdoba del cigarrillo que contiene marihuana.

horarios propios de la actividad administrativa y el comercio regular. Las actitudes de los mayores que me acompañaban cambiaban notablemente de un lado a otro de la Av. Colón ya mencionada: la calle San Martín era transitada con relativa tranquilidad, en tanto lo permite el aglutinamiento de personas que la caracteriza en horario comercial. Se pasea, las compras se realizan con tranquilidad y el “paisaje” es agradable: el espacio está, en estas cuadras, diseñado en su estructura fija para favorecer la sensación de uno de los tipos de “espacio público” definido por Bauman (2006): el lugar comercial y de servicios, destinado a convertir al residente de la ciudad en consumidor. Espacios caracterizados por la falta de interacción entre los transeúntes, excepto que paseen juntos, y que apunta a crear un equilibrio “casi perfecto” entre seguridad y libertad. La concreción de este equilibrio en las sensaciones resulta de la conjugación de dos estrategias de eliminación de la diferencia en tanto peligrosa: el exilio de los otros o la anulación de su otredad.

Desde esa perspectiva, cruzar la Av. Colón representaba un viraje bastante notable en cuanto a las formas de transitar y los imaginarios de peligrosidad presentes: cuando era pequeña, se me agarraba de la mano con fuerza; el paso de los adultos era más rápido y la mirada, atenta. Sólo se iba a comprar artículos específicos, no a mirar y pasear. El espacio no está decorado para regocijar la vista: en vez de glorietas con enredaderas, la calle es atravesada por cables. Proliferan los vendedores ambulantes, aún más que del otro lado. Las personas se visten diferente, en general con ropa deportiva. Hay una “feria”: un gran galpón repleto de pequeños negocios de ropa económica, vendida en bolsas sin marca o impresión alguna. La calle, si bien es peatonal, carece del empedrado o el mosaico de las cuadras anteriores: es simple asfalto. No hay bares ni locales comerciales de marcas reconocidas y onerosas. Las vidrieras no están decoradas con esmero, simplemente se exponen los productos sin mayor ornato. No hay bancos ni casas de cambio y préstamos. Si definimos la peligrosidad y la “pobreza” en razón del “vacío”, de la ausencia de estos elementos de seguridad (muchos de los cuales remiten a la solvencia financiera de los transeúntes) entonces sí, las cuadras entre Colón y La Rioja son “pobres” y en principio “peligrosas”.

¿Qué hay entre Colón y La Rioja en horarios no comerciales? Desde mis representaciones previas, la respuesta es “nada”. Espacio vacío y, por ende, espacio peligroso, plagado de lo que “no es parte” de la ciudad ilumi-

nada y repleta de las mañanas comerciales –“jóvenes” consumiendo droga, por ejemplo (Reguillo, 2008)–.

Apenas di unos pasos sobre Av. Colón, cuando pude comenzar a comprobar lo ficcional de mis representaciones. Fuera del aroma ya mencionado, la ciudad estaba plena de vida y movimiento sin llegar a los niveles de hacinamiento propios de la semana. Sobre la avenida circulaba gran variedad de personas, en grupos pequeños, de dos o tres. Caminaban rápidamente, sin detenerse ni mirar a los costados.

Aún acuciada por los temores inculcados, me apresuro a cruzar la avenida con el objetivo de realizar las observaciones en el espacio “peligroso” a una hora lo más temprana posible. Antes de llegar a la acera, ya me he relajado.

El espacio era un pequeño mercado transhumante. Los mismos puestos de venta que están presentes en forma marginal en la peatonal durante la semana, se nucleaban aquí en un espacio organizado: la cuadra entre Colón y Santa Rosa está completamente ocupada por mercancías colocadas sobre telas extendidas en el piso.

Los vendedores estaban cómodamente apostados a ambos lados de la calle, con sillas y banquitos, o sentados en la acera, dependiendo fundamentalmente de la edad de los sujetos (las personas de más edad se sentaban en sillas, bancos o reposeras). Había hombres y mujeres, en proporción bastante pareja, aunque las mujeres eran mayoría. La iluminación eléctrica funcionaba a pleno, no había rincones demasiado oscuros. Los sonidos eran variados: música proveniente de los puestos de venta de CDs (predominando el cuarteto y la cumbia), conversaciones, comida asándose a la parrilla, cuyo olor asimismo plagaba el lugar. Este cuadro sensorial me hizo creer por un momento que me encontraba nuevamente en algún rincón de los mercados de las ciudades de Jujuy o Salta.

Una diferencia muy notable fue la que presentaban los vendedores que se hallaban solos, ensimismados y con rostro de fastidio cuando los paseantes hacían preguntas; y los vendedores que se hallaban “en ronda”, algunos con mate o botellas grandes de gaseosa, acompañados por la gente de los puestos vecinos. Las rondas en general se agrupaban en torno a alguna silla o banquito, ocupadas por personas de edad o por mujeres que cargaban con bebés en sus brazos, para quienes es más difícil moverse e instalarse en otro lugar.

La mayoría de los puestos venden ropa o derivados: remeras y pantalones para ambos sexos y todas las edades, lencería femenina, gorros, algunos zapatos y zapatillas, especialmente para niños. También hay puestos de venta de anteojos de sol, de juguetes (en torno a los cuales se nuclean los niños), CDs y DVDs, bijouterie. Los puestos de bijouterie pertenecen a un grupo diferenciado de personas: son cinco o seis hombres jóvenes (alrededor de 30 años), de ascendencia africana, con piel muy oscura, pelados o con pelo muy corto, y con aros varios en el rostro y las orejas. Cuatro de ellos están tatuados en brazos y piernas; en resumen, su estética es diferente a la de los demás, e interactúan sólo entre sí, hablando de vez en cuando en un idioma que no supe reconocer, pero que contenía palabras francesas e inglesas, infiero alguna forma de *créol*.

En cuanto a los paseantes, la amplia mayoría son familias. Acuden con muchos niños más bien pequeños (hasta 10 años), cochecitos para bebés y demás. No compran, aunque pasean lentamente y deteniéndose en varios puestos. El ambiente es relajado, casi festivo, propiamente de “fin de semana”. El tipo de ropa, la cantidad de niños, el tipo de cochecitos para los niños, las carteras de las mujeres, hacen pensar en personas de condición económica más bien humilde. También hay varias parejas de jóvenes, la mayoría ligeramente apartados de las zonas de circulación, en los rincones más oscuros, cercanos al puesto de choripanes ubicado en la esquina de Santa Rosa, que marca el brusco límite del paseo. La siguiente cuadra, entre Santa Rosa y Lima, está absolutamente desierta. Algunas familias aparecen de vez en cuando por allí acudiendo a la zona comercial, pero el grueso de la afluencia de gente proviene del otro lado. Fue en esta última cuadra donde observé a dos personas de aspecto *queer*, que no ingresaron al paseo.

Algo que llamó mi atención fue la diferencia de circulación entre los niños de los vendedores y los de los paseantes. Los primeros jugaban de modo absolutamente libre, dos de ellos se desplazaban en un skate, sentados (era bastante difícil para los transeúntes esquivarlos, cosa que a nadie pareció molestarle, incluyéndome); otros jugaban a la pelota en un rincón. Todos eran pequeños, no más de diez años, en cambio, los niños de los paseantes estaban firmemente sujetos por los adultos. Protestaban para detenerse en los puestos de juguetes que ven, se preguntaban mutuamente sus nombres. Los adultos no interactuaban con otros grupos, sólo entre acompañantes.

Me interesa en estas páginas justificar y problematizar la noción de “paseo” que he utilizado para referirme a este mercado informal. La idea se ubica en el plano de las sensaciones y los afectos, del espacio vivido, de las formas de estar y de actuar en un determinado espacio. A fines de contrastar mis ideas, más tarde esa misma noche me dirigí hacia el “Paseo de las Artes”, dado que el carácter de “paseo” parece no ser en este caso motivo de controversia, y por ende lo tomé como elemento de cotejo para elaborar una caracterización de qué es un “paseo”.

En primer lugar, “el andar obedece en efecto a tropismos semánticos” (De Certeau 2000, p. 116). El “paseo” como nombre remite ya a un clima en el que priman la relajación y la circulación por sobre la compra y el consumo (caso del “centro comercial”). Como ya consigné, llamó mi atención la escasa cantidad de personas que efectivamente compraban la mercancía ofrecida en los puestos. Sin embargo, el andar era lento: las personas caminaban predominantemente en grupos, en familias, deteniéndose a observar y a veces a conversar con los vendedores sobre los productos (especialmente en los puestos de ropa y CD’s). El clima general es de tranquilidad, los tiempos no apremian, dado que no se “va” a ninguna parte, simplemente se transita en un espacio de límites definidos por la presencia de objetos a la venta para mirar. En ese sentido, podemos pensar en el mecanismo compra-venta a la vez como excusa y motivo del paseo, y como un posibilitante de su existencia, dado que provee a los vendedores de recursos económicos y alicientes para mantenerlo.

El paseo es además un lugar discontinuo en el tiempo: surge en el fin de semana, a partir de bases casi inexistentes, a lo sumo una mínima infraestructura para la instalación de los puestos: sillas, vendedores, entretenimientos para los mismos mientras trabajan, decoración de los puestos, mercancías, afluencia de paseantes, todo existe en un momento específico y efímero, pero recurrente y regular, del tiempo urbano.

Sin ignorar las diferencias socioeconómicas que podemos percibir entre ambos “paseos” (siendo el Paseo de las Artes un destino habitual de los grupos económicamente acomodados por el tipo y costo de los productos), las formas de habitar el espacio son muy similares, y se corresponden a prácticas propias de la vida urbana, que trascienden en gran medida las diferencias socioeconómicas: este tipo de actividades sólo son posibles en el tiempo de fin de semana, cuando se conjugan las condiciones de dis-

ponibilidad de tiempo por parte de los paseantes y ausencia de comercio regular, que permiten el surgimiento de estos mercados alternativos.

Cabe destacar entonces como reflexión general que las configuraciones temporales de la vida urbana están fuertemente signadas por el ritmo que impone la vida laboral de una buena parte de la población, que a su vez coincide con los estratos con capacidad (diversa, pero positiva) de consumo, en tanto “ocupados”. El tiempo urbano se divide entonces fundamentalmente en tiempo de trabajo, “la semana” y tiempo “sin trabajo”, el “fin de semana”. Cada uno de estos tiempos posee una lógica y una dinámica propias de circulación de capitales y personas, donde es fundamental destacar la actividad como consumidores (de ocio y entretenimiento) de esta parte de la población.

Por otro lado, encontramos al grupo de los vendedores. En este caso, vemos cómo los tiempos del comercio urbano regular abren intersticios para la presencia de estos comerciantes “otros”, que se apropian de un espacio urbano del que son excluidos o en el que ocupan un lugar marginal durante la semana. Nos encontramos de ese modo con lo que Simmel (1986, p. 215) denomina el “poder del tiempo”: los tiempos de la vida urbana crean espacios diversos, en los cuales coexisten o no ciertas personas y grupos.

La cuestión de la coexistencia nos remite al problema de los límites: si el límite es un “hecho sociológico con forma espacial” (Simmel 1986, p.216), entonces ¿qué hecho sociológico estamos observando cuando vivimos diferentes espacios en el mismo lugar?² Las dos cuestiones ya tratadas podrían ser punto de partida para posibles respuestas: estamos observando por un lado una regla estructurante: el tiempo del trabajo regular y del comercio regular como posibilitantes de la actividad de ocio para los paseantes. Por otra parte, vemos que esos mismos tiempos operan como mecanismos de exclusión (entendida como antónimo de integración), de modo tal que los “otros” pueden operar en el espacio público sólo bajo condición de hacerlo en los intersticios del sistema regular.

Para justificar esta afirmación es de particular interés la observación realizada por mis compañeros de trabajo, que acudieron al mismo espacio en horario de comercio regular: en la cuadra de mi “paseo” había varios policías apostados, que impedían la instalación de puestos ambulantes de venta. Yo no vi ni uno.

2 Tomando las nociones de espacio y lugar según De Certeau (2000).

En cuanto al tiempo urbano como límite sociológico, podemos pensarlo también desde Simmel (1986):

El límite sociológico lleva consigo una acción recíproca muy singular: cada uno de los dos elementos actúa sobre el otro... pero el contenido de esta actuación consiste en no querer o no poder actuar más allá de este límite y, por consiguiente, sobre el otro (p. 215).

Los que se limitan no son los espacios, sino las personas, y la cristalización de esos límites que al mismo tiempo los posibilita es espacial.

Reflexiones finales

Por último, y a modo de conclusión, pretendo reflexionar acerca del brusco contraste entre mis prenociones y el mundo observado. La identificación de la peligrosidad parece revestir principalmente tres de las formas identificadas por Reguillo (2008): primero, el “vacío”, como condición de posibilidad de la emergencia de la alteridad amenazante (condición que podemos poner en relación con el “vacío comercial” que permite la emergencia y sustentabilidad de los “paseos”); en segundo lugar, la pobreza como estigma propio del “lugar”, en tanto no atravesado por las “fijaciones” propias del espacio céntrico percibido como seguro, que enumeré en un principio. Y en última instancia, la presencia de la droga, no en la forma amenazante en que me la habían pintado (LCD, cocaína, grupos de venta organizados y fijos, tal vez armados), sino en la de diez adolescentes fumando marihuana.

El vacío se llena con fantasmas. Lo curioso es que este no es un vacío de los lugares, como en el caso del taxista italiano mencionado por uno de los autores. Es un vacío que depende estrechamente de los tiempos: sólo existe un sábado, un domingo a la noche. Y sólo existe si no son las mismas personas las que circulan por (o construyen) ese espacio durante esos tiempos diferentes. Probablemente, nuestros “paseos” de fin de semana simplemente sean otros.

Referencias

- Bauman, Zygmunt (2006). "Espacio/tiempo". En *Modernidad líquida*. Buenos Aires: FCE.
- De Certeau, Michel (2000). "Andares de la ciudad" y "Relatos de espacio". En *La invención de lo cotidiano I*. México: ITESO.
- Delgado, Manuel (1999) *El animal público*. Barcelona: Anagrama.
- Simmel, George (1986). "El espacio y la sociedad". En *Sociología 2. Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid: Alianza.
- Reguillo, Rossana (2008). Sociabilidad, inseguridad y miedos: Una trilogía para pensar la ciudad contemporánea. *Alteridades*, 18(36), 63-74. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-70172008000200006&lng=es&tlng=es.

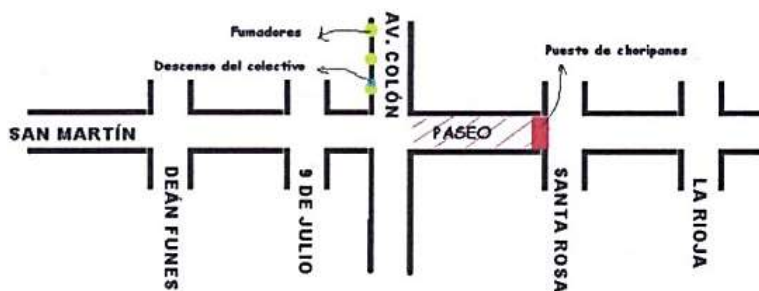


Imagen 6. Título: Plano del lugar de observación.

Fuente: Elaborado por Cecilia Argañaraz



Un reencuentro

Cecilia Argañaraz

Revisar un texto escrito hace una década supone siempre la sorpresa de encontrarse con una versión “otra” del propio pensamiento. Sorpresa no exenta de cierto desengaño, especialmente porque el recuerdo me indicaba que ese texto era una producción de la que podía sentirme orgullosa. Parto entonces (otra vez) del extrañamiento ante algo que debería haberme resultado familiar: mi propia escritura.

Recuerdo la experiencia de escribir este trabajo como un momento de felicidad intelectual. Me proporcionó cierta satisfacción y además resultó “fácil”: las frases se me antojaron fluidas, la idea central, consistente. Fue en ese sentido una experiencia importante. La atesoro como uno de los momentos en que sentí que la antropología podía ser verdaderamente mi oficio.

Era un texto tipo “Frankenstein”: construido a partir de la suma de producciones anteriores, más acotadas, realizadas a lo largo del cursado de la materia. Sin embargo, a mis ojos, estaba vivo.

El reencuentro con mi creación me produjo, como al legendario doctor, una impresión algo ingrata. Al recuerdo de una escritura fluida y profesional se opuso un texto que hoy considero estilísticamente antipático: plagado de aclaraciones y paréntesis, “atropellado”, ansioso por demostrarse reflexivo.

Pero a diferencia del Dr. Frankenstein, soy docente, e inmediatamente recordé que parte de la antipatía que me provocaba mi creación tenía que ver con su condición de examen. Probablemente no lo releí más de dos veces luego de terminarlo, quizás hasta lo escribí de un tirón, o en una tarde. Y, sobre todo, esas fastidiosas aclaraciones eran el único medio del que creía disponer para comunicarle a mis docentes que entendía lo complejo, difícil, “relativo” y “construido” que era el mundo social del que había realizado modestas observaciones.

Me pregunto si la necesidad de acreditar nuestra capacidad de desnaturalización no termina siendo la puerta de entrada a uno de los vicios más tristes del oficio: el de la escritura ya no académica, sino academicista. Probablemente, peco de ella en este preciso momento.

La necesidad de aclarar a cada paso “sé que esto es construido”, “sé que este otro aspecto del problema existe”, “sé que esto es relativo/situado/parcial”, aunque insoslayable, es estilísticamente insostenible. Y la forma es contenido. La forma implica un lector capaz de tolerarla, de amigarse con un texto que renuncia a su ritmo y su sentido de la oportunidad en favor de las aclaraciones. La relación de comunicación con quien nos lee, ¿no comienza a construirse en estos pequeños ejercicios de oficio que son las evaluaciones prácticas? En un contexto de fuerte cuestionamiento a las humanidades y las ciencias sociales, podría ser importante preguntarnos por los modos en que aprendemos a escribir.

A pesar de todo, dije que mi pequeño texto-monstruo estaba vivo y lo sostengo. Entre paréntesis y frases apresuradas, pude pese a todo encontrarme con una descripción. Hallé una escena viva que me retrotrajo a los olores, las sensaciones y los sonidos de aquella noche de observaciones. Recordé que mi reflexión no había sido un artificio para aprobar, sino en buena medida el producto de una idea y una experiencia genuinas. Sobre todo, para mi propia sorpresa, encontré en ese texto el germen de un conjunto de preguntas que me acompañan hasta el día de hoy: preguntas por el tiempo hecho espacio, por las desigualdades sociales hechas “paisaje” y, sobre todo, por los fantasmas que llenan aquello que imaginamos “vacío”. Releo mi viejo examen con agradecimiento, entonces, me arrepiento a medias de haberlo llamado “monstruo” y decido sostener el apelativo, pero por cariño.

La intersección de las avenidas Colón y General Paz





La intersección entre las avenidas Colón y General Paz: un efervescente cruce de prácticas

Emilio Tanus Mafud

Victoria, Ain y Luisina abordan en su producción la intersección de las avenidas Colón y General Paz, uno de los cruces viales más álgidos y efervescentes de la ciudad de Córdoba, siendo este transitado y habitado por diversos practicantes

En su análisis hacen énfasis en las interacciones sociales, los usos del espacio y las reglas sociales, las apropiaciones y disputas en el espacio público, y por último, el orden y desorden urbano

De este modo, las autoras observan cómo interactúan las personas que habitan esta intersección. Así detallan en las relaciones anónimas tanto como en las relaciones ancladas, ambas definidas por Goffman (1979).

También reflexionan sobre cómo la planificación de la ciudad intenta enmarcar a los sujetos, hacedores de sus diferentes prácticas, en un régimen de orden y control, compuesto de reglas y regulaciones burocráticas. No obstante ello, señalan que los sujetos se (re)apropian de tales reglas y regulaciones, haciendo un uso transversal de las mismas. De este modo, la ciudad planificada entra en tensión con la ciudad que van trazando los caminantes, o sea, la ciudad transhumante (De Certeau, 2000).

Además, las autoras problematizan la relación existente “entre el orden socioespacial y la diversidad de la experiencia metropolitana asociada a dicho orden”. En este sentido, desnaturalizan la idea de normalidad de un espacio al detallar cómo lo “normal” es constantemente (re)definido por las prácticas heterogéneas de los sujetos.

En las siguientes páginas podrán leer la producción de Victoria, Ain y Luisina realizada en el 2015. Tras el paso de 9 años las autoras reflexionan sobre la significancia que posee esta elaboración para sus trayectorias.

Referencias

De Certeau, Michel (2000). “Andares de la ciudad” y “Relatos de espacio”.
En *La invención de lo cotidiano I*. México: ITESO.

Goffman, Erving (1979). “Signos de vinculación”. En *Relaciones en público. Microestudios del orden público*. Madrid: Alianza.



Entre la circulación y el encuentro.

Un análisis de las interacciones, usos y reglas en la intersección de las avenidas Colón y General Paz

María Victoria Díaz Marengo

Ain Laura Gatica

Luisina Nahilin Alfonso

Introducción

En el presente escrito nos proponemos llevar a cabo una aproximación descriptiva, en la cual articulamos el material empírico obtenido de las observaciones que realizamos, con los aportes teóricos desarrollados en el segundo bloque de la asignatura¹. Para ello, nos basamos en los siguientes ejes: las interacciones sociales en el espacio público; usos del espacio y reglas sociales; apropiaciones y disputas en el espacio público; y orden y desorden urbano.

Realizamos nuestras observaciones en la intersección de las avenidas Colón y General Paz², en la zona céntrica de la ciudad de Córdoba, en dos días y tres horarios diferentes. Una de las observaciones fue el día jueves 8 de octubre a las 17:30 hs en donde se pudo presenciar la “Marcha por la Salud Mental”. Las otras observaciones se realizaron el día martes 20 de Octubre desde las 9:00 hs hasta las 10:00 hs y desde las 10:40 hs hasta las 11:30 hs.

Interacciones sociales en la esquina del Correo Argentino

En los dos días observamos múltiples interacciones sociales entre individuos en el espacio público, de las cuales haremos hincapié sobre las que llamaron la atención y que además serán articuladas con los planteamientos de Goffman (1979). En la primera observación del día martes a la mañana pudimos ver como dos vendedores ambulantes se instalaron en la esquina del Correo Argentino, en donde estábamos observando. El primero en

1 Con excepción del Texto de De Certeau (2000) que pertenece al primer eje de la materia.

2 En las tres observaciones nos sentamos en las escaleras del Correo Argentino.

llegar era un hombre de aproximadamente 60 años que vendía anillos, pulseras y demás bijouterie, que con un gesto llama a un joven de aproximadamente 30 años que luego se instalará con su puesto de anteojos cerca del señor. Detrás del joven llega una muchacha de aproximadamente 30 años que lleva un carrito de bebé y se sienta al lado del puesto de los lentes y conversa con el joven.

Por otra parte la otra compañera³, que observa este espacio una hora después, ignora el vínculo posible entre estas dos personas ya que desconoce la situación previa. En este sentido, la compañera observa al joven cerca de su puesto de venta y al mismo tiempo visualiza personas sentadas sobre un banco de cemento al lado de la pared del correo. Entre estas personas hay una muchacha con un carrito de bebé. Sin embargo, en un momento la muchacha se une a la conversación del joven con el otro señor y comienzan a interactuar y sonreír. De esta manera, el joven y la muchacha se quedan próximos físicamente, se dan un beso, él alza al bebé e intercambian miradas y sonrisas. Podemos interpretar esta interacción a partir de los planteamientos de Goffman y reconocer signos de vinculación y marcas que dan cuenta de una posible “relación anclada” entre estas dos personas. En este sentido, en este tipo de relaciones se produce una identificación personal, la cual hace referencia a las características únicas de cada individuo, por parte de un extremo (un individuo) sobre el otro, siendo conscientes estos dos de la misma.

Además es importante mencionar que fueron diferentes signos de vinculación que permitieron a las compañeras inferir una relación. En un principio el “llegar juntos” y luego los gestos y la cercanía corporal. Estos actos y acontecimientos que constituyen los signos de vinculación tienen una función social. Una de estas “funciones-clase” son las marcas como en este caso “los besos”, “las miradas” que exhiben una posible relación íntima en un contexto de terceros.

Por otra parte, en este mismo día observamos una fila de 40 personas que comenzaba a 10 metros de la esquina aproximadamente. Desde nuestra propia subjetividad, inferimos que se trata de personas que iban a cobrar planes sociales del Estado. Una de las compañeras durante la observación escuchó diferentes comentarios de personas que transitaban por la vereda y observaban la fila: “Mira *estos* van a cobrar la asignación”, “Así estamos como país”. Según los planteamientos de Goffman podemos in-

3 La palabra compañera hace referencia a las observadoras.

interpretar a estas interacciones como parte de las “relaciones anónimas” ya que estas últimas implican un trato estructurado mutuo entre dos individuos que se identifican a partir de la percepción de una “identidad social”, la cual refiere a grandes categorías sociales como el grupo de edades, el sexo, la clase, entre otras. En este caso la diferenciación social juega como una identidad entre dos personas que no se conocen.



Imagen 1. Título: La fila del correo. 20 de octubre de 2015.

Fuente: Fotografía tomada por una de las compañeras desde el ómnibus en su viaje a Ciudad Universitaria.

Saltar las vallas, disputar las reglas de la ciudad planificada

Además de interacciones sociales en el espacio público, observamos una circulación constante de personas. Es importante mencionar que en las cuatro esquinas hay una valla verde de un metro de altura aproximadamente y de distintos largos dependiendo la esquina. Estas vallas junto con los semáforos y las sendas peatonales norman la circulación espacio-temporal de las personas y los vehículos. Según Sennett (2007) los espacios están sobredeterminados en las formas visuales y en sus funciones sociales, estando subordinados a un régimen de orden y control. Esto da como resultado una sobreabundancia de reglas y regulaciones burocráticas que

dan lugar a la ciudad frágil del siglo XX. En esta ciudad la sobredeterminación de los espacios y funciones no permite el crecimiento dialogal entre el presente y el pasado en términos arquitectónicos y sociales. En este sentido, el autor plantea que una ciudad frágil es un sistema cerrado que busca ser equilibrado e integrado y que además homogeniza a la población en la forma de construirla.

Sin embargo pudimos observar que algunas personas saltan las vallas, o caminan por la calle al costado de la vereda y cruzan por otro lado que no es la senda peatonal y en algunos casos los semáforos ya habían dado paso a los autos. En este sentido, las personas no se limitan a la valla ni a los semáforos ni a ninguna otra restricción normativa sino que hacen su camino al andar, no de manera homogénea. Esto puede ser interpretado desde lo que plantea De Certeau (2000) ya que este autor establece que los caminantes en su recorrido van y vienen trazando una ciudad transhumante que es opuesta a la ciudad planificada por los urbanistas. De esta manera en el hacer cotidiano de los sujetos, en las prácticas y los andares se teje la vida social en la ciudad.



Imagen 2. Título: Caminantes evitando las vallas. octubre de 2015.

Fuente: Google Street View.

Otra cuestión en la que nos distanciamos de Sennett, a partir de los que observamos, es la transformación de la materialidad en la ciudad ya que este autor establece que “hoy a medida que los usos cambian se destruyen los edificios en vez de adaptarlos; la sobreespecificación de la forma y función vuelve al ambiente urbano moderno especialmente susceptible al deterioro” (Sennett, 2007, s/d). Podemos interpretar que lo planteado por Sennett no se da de la misma manera en el cruce de las avenidas Colón y General Paz ya que la fachada de los edificios, de estas esquinas, dan cuenta de su antigüedad y están “adaptados” al contexto de consumo y comercial; dando así lugar a nuevos usos y funciones de estas estructuras edilicias. Esto lo podemos inferir a partir de la presencia de carteles gigantescos, pantallas luminosas, locales en la planta baja con vidrieras en edificios construidos hace más de 60 años⁴.

La Marcha por la Salud Mental: una apropiación del (des)orden urbano

Duhau y Giglia (2008) nos permiten pensar el espacio público de una manera no determinista, planteando una relación dialéctica entre la estructura del espacio y la estructura de las relaciones sociales, así como también la relación entre el orden socio-espacial y la diversidad de la experiencia metropolitana asociada a dicho orden. En este sentido los autores plantean que “[...] hay que entender las relaciones sociales para leer el espacio [...] y por otro lado, hay que mirar el espacio para entender las relaciones sociales urbanas” (Duhau y Giglia 2008, p. 27). La condición y característica del espacio público nos hablan de una idea dominante de qué es la ciudad y las reglas implicadas para su uso aludiendo a un orden urbano. Así mismo

[...] lo que a primera vista, lo que aparece como incuria y signo de desorden, se explica con base a una lógica, en un orden de las cosas que no es el que podría esperarse como el orden vigente en una metrópoli moderna, si no otro, basado en reglas locales y sui generis (Duhau y Giglia, 2008, p. 15).

4 Por ejemplo la sede del Jockey Club que se encuentra en una esquina se construyó en 1946. Actualmente tiene en planta baja un local de “Personal” con puertas vidriadas y carteles de publicidad.

Los autores conciben al espacio urbano, en particular al espacio público, como espacios disputados que en múltiples ocasiones son apropiados por “grupos populares”. Estos planteos pueden ser articulados con lo observado el día jueves donde se presencio la marcha por la salud mental.

El orden socio-espacial que podría considerarse “habitual” en esta intersección de las avenidas parece responder al ritmo impuesto por los semáforos que cambian cada 39 segundos haciendo pasar de manera intermitente a los vehículos y luego a una multitud de personas, quienes a su vez tienen marcado su debido lugar de circulación. Los peatones en la vereda y la senda peatonal, los vehículos particulares y motos en el carril izquierdo de las avenidas, y los colectivos, taxis y remises en el carril derecho. Durante la observación lo que se pudo escuchar de manera constante y fuerte son los sonidos de los motores de los vehículos y las frenadas de los mismos. A partir de las 18:30 pasan dos policías motorizados y el tráfico comienza a disminuir. También se observa que los peatones ya no pasan por la senda peatonal o esperan el semáforo sino que cruzan de manera diagonal la calle y caminan por la misma al lado de la vereda en dirección a la cañada. Además ya no predominan los sonidos de los vehículos sino que se percibe a lo lejos los ruidos de los redoblantes, tambores provenientes del oeste. De repente irrumpe la marcha, las personas colmaron la totalidad del ancho de la avenida y parte de las veredas. Los sonidos que predominan son los instrumentos de percusión y los cantos con la consigna de “¿Dónde está la salud mental?” Se observan varias banderas de diferentes tamaños, colores y frases que la portan distintas personas que en la mayoría de los casos llevan la remera de su agrupación. La marcha continúa su camino doblando por la General Paz y los policías habilitan el tránsito dando lugar a la dinámica que podemos denominar “habitual”.

Entendemos esta marcha como una de las múltiples apropiaciones del espacio público, en donde los peatones “rompen con el orden habitual de su circulación”, disputando este espacio que podemos considerar central en la ciudad de Córdoba, con el objetivo de hacer visible y manifestar una demanda concreta: el derecho por la salud mental. Esta apropiación y disputa del espacio generó no solo un impacto visual por su masividad, sino también auditivo haciendo predominante un sonido “no habitual” en Colón y General Paz. Es importante agregar que para realizar este análisis de la marcha como un modo de apropiación, además de tener en cuenta los planteos de Duhau y Giglia, tomamos el concepto de apropiación desa-

rrollado en el texto de María Ana Portal (2009). Este se entiende como un proceso a través del cual los grupos sociales “hacen suyo” el espacio, generando de ese modo significados sobre ese espacio, sentidos de pertenencia e identificaciones particulares. De esta manera podemos entender que las personas que estaban en la marcha se apropiaron de este espacio, colmando la avenida Colón, generando otro sentido que no es el de circulación, sino de él lucha por una causa común.

Los planteamientos de Duhau y Giglia nos permitieron desnaturalizar la idea de normalidad de un espacio público ya que estos buscan entender a la experiencia de la metrópoli como experiencia de lo cotidiano, lo común y corriente. En este sentido a los autores les interesa

[...] comprender el funcionamiento normal de las prácticas urbanas. Desde este punto de vista, lo delirante y caótico si es que son percibidos como tales se inscriben en la cotidianeidad, como unos ingredientes más de lo que puede considerarse normalmente esperable (Duhau y Giglia, 2008, p. 30).

De esta manera podemos establecer que tanto la observación y la experiencia personal en la ciudad nos permitieron comprender que en este espacio central, también es “normal” y “esperable” que sucedan estos acontecimientos masivos que irrumpen con lo que podría ser considerado como la “habitual” circulación.

Así mismo pudimos observar que la marcha también tiene un ritmo y un orden de desenvolvimiento que a primera vista puede parecer “un desorden” sin embargo tiene cierta lógica de organización basada en otras reglas. Esto lo podemos inferir no solo por la observación, sino también por la experiencia personal de haber participado en múltiples marchas. En este sentido, coincidimos con los planteamientos de los autores en que “entender el (des)orden en la metrópoli implica penetrar en los modos de funcionamiento de estos diversos órdenes, como una realidad compleja” (Duhau y Giglia, 2008, p. 15).



Imagen 3. Título: La Marcha por la Salud Mental. 8 de octubre de 2015.

Fuente: Fotografía tomada por una de las compañeras desde la esquina del Correo Argentino.

Reflexiones finales

A modo de conclusión podemos establecer que el ejercicio de observación nos llevó a reflexionar sobre este espacio que es habitualmente transitado por cada una de nosotras. De esta manera no sólo pudimos ver más allá de nuestra apreciación previa de Colón y General Paz sino también cuestionarnos nuestro propio uso y apropiación del espacio. Además no solo pudimos ver que estábamos en un espacio de circulación sino también de múltiples encuentros. Estos en algunos casos eran entre personas diversas y desiguales en relación al uso del espacio y el tipo de interacción entre ellos; y en otros casos, parte de esta diversidad de personas se apropia y disputa el espacio reuniéndose en las calles, dándole otro sentido y uso, por una causa común.

Referencias

Duhau, Emilio y Giglia, Ángela (2008). “Prólogo: Orden, desorden y conflicto”, “Introducción: Orden urbano y experiencias metropolitanas” y “vida y muerte del espacio público”. En *Las reglas*

del desorden: habitar la metrópoli. México: Siglo XXI Editores, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.

De Certeau, Michel (2000). “Andares de la ciudad” y “Relatos de espacio”. En *La invención de lo cotidiano I*. México: ITESO.

Goffman, Erving (1979). “Signos de vinculación”. En *Relaciones en público. Microestudios del orden público*. Madrid: Alianza.

Portal, María Ana. (2009). Las creencias en el asfalto. La sacralización como una forma de apropiación del espacio en la ciudad de México. En *Cuadernos de antropología social*, (30), 59-75.

Sennett, Richard (2007). “La ciudad abierta”. *Otra Parte*, 11, s/d. <https://www.revistaotraparte.com/op/pensamiento-urbano/la-ciudad-abierta/>



Redescubriendo la ciudad, aprendiendo a ser antropólogos

María Victoria Díaz Marengo

Ain Laura Gatica

Luisina Nahilin Alfonso

La propuesta del libro nos reunió después de nueve años desde aquellos días en que exploramos juntas la materia Antropología en Contextos Urbanos. En ese entonces, éramos un equipo que tenía como objetivo realizar un examen que requería la observación y el análisis de un espacio de Córdoba Capital. Este curso no solo nos acercó a las teorías y debates sobre la ciudad y lo urbano como problemas antropológicos, sino que también nos proporcionó las herramientas metodológicas necesarias para llevar a cabo nuestra primera observación como estudiantes de la licenciatura.

Formar un equipo nos llevó a descubrir el espacio que despertaba nuestra curiosidad: la intersección de las avenidas Colón y General Paz. Definimos fragmentos de ese lugar, elegimos eventos y coordinamos horarios. En un momento de nuestras vidas marcado por la militancia estudiantil, nos interesaba su rol como punto de encuentro de movilizaciones sociales. Sin embargo, en el proceso de observación y registro, nos dimos cuenta de que compartíamos la inquietud sobre cómo se redefinen las reglas y usos de los espacios urbanos a partir de las prácticas de los transeúntes.

Como observadoras novatas, este ejercicio nos impulsó a prestar atención no solo a los hechos visibles, sino también a las sutilezas de las relaciones entre la sociedad y el espacio, así como entre el orden y el desorden urbano. En nuestro afán por “registrar todo”, elegimos horarios diferentes y dedicamos un tiempo prolongado a documentar cada detalle. Desde que nos sentamos en las escaleras del Correo Argentino, nos sumergimos en un mundo de usos y reapropiaciones de las reglas que regulaban ese espacio. Articular nuestras observaciones con las teorías de autores incluidos en el programa, como De Certeau (2000), Goffman (1979), Sennett (2007), Portal (2009), Duhau y Giglia (2008), nos permitió analizar las prácticas de los caminantes, las interacciones sociales, los procesos de apropiación del espacio y el (des)orden urbano. La Marcha por la Salud

Mental, que inicialmente nos pareció un despliegue caótico de personas y sonidos, se reveló como una expresión organizada de reclamo social en el espacio público. Esta experiencia nos enseñó que lo que podría parecer desordenado a simple vista puede estar impregnado de significados y lógicas propias.

Aprender a observar y a registrar fue mucho más que un simple ejercicio para aprobar la materia; fue un proceso de reflexión sobre las relaciones sociales y los espacios urbanos que habitábamos y transitábamos diariamente. La diversidad de perspectivas en nuestro grupo nos permitió abordar la complejidad de las interacciones sociales con mayor profundidad, enseñándonos el valor del trabajo colaborativo en la construcción del conocimiento. Nos invitó a mirar y escuchar con más atención, así como a cuestionar nuestras propias percepciones sobre la ciudad en la que vivíamos, lo que nos permitió desentrañar las lógicas sociales en el espacio observado y desnaturalizar eventos que nos eran familiares, como las movilizaciones. De esta manera, esta primera experiencia de observación ha sentado las bases para un aprendizaje continuo en nuestra formación como antropólogas.

Referencias

- Duhau, Emilio y Giglia, Ángela (2008). "Prólogo: Orden, desorden y conflicto", "Introducción: Orden urbano y experiencias metropolitanas" y "vida y muerte del espacio público". En *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*. México: Siglo XXI Editores, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.
- De Certeau, Michel (2000). "Andares de la ciudad" y "Relatos de espacio". En *La invención de lo cotidiano I*. México: ITESO.
- Goffman, Erving (1979). "Signos de vinculación". En *Relaciones en público. Microestudios del orden público*. Madrid: Alianza.
- Portal, María Ana. (2009). Las creencias en el asfalto. La sacralización como una forma de apropiación del espacio en la ciudad de México. En *Cuadernos de antropología social*, (30), 59-75.

Sennett, Richard (2007). La ciudad abierta. *Otra Parte*, 11, s/d <https://www.revistaotraparte.com/op/pensamiento-urbano/la-ciudad-abierta/>

Epílogo





Epílogo

Un conjunto de apuestas valiosas para pensar la realidad urbana en clave antropológica

Maria Laura Freyre

Si conservo un ejemplo de la palabra “urbanidad” son nuestros pasos de puntillas al volver al alba del turno noche, mientras fuera ya había bulli-cio, y el desnudarnos en el vestíbulo para no despertar a quienes estaban en el cuarto de al lado. Más adelante, escribí en lugares estrechos e incó-modos, condición idónea para los relatos. Quien escribe no debe ocupar demasiado espacio ni tampoco demasiado silencio a su alrededor. (Erri De Luca, 2023)

¿Cómo narrar una ciudad? ¿Cómo volver a mirar el paisaje de los recorridos cotidianos? En busca de inspiración un 26 de diciembre leo *Diagonal sur* (2007), compilado de textos leídos en el Primer Encuentro Internacional de Pensamiento Urbano realizado en Buenos Aires en 2005. Aquí se describen ciudades como Buenos Aires, San Pablo, Río de Janeiro, México y Santiago de Chile. Los autores nos proponen que “la ciudad ha sido desde siempre una fuente de pensamiento crítico y un disparador activo de la imaginación artística. Gran máquina simbólica, espejo de las relaciones del individuo con el otro y con el poder” (Villoro et al., 2007, p. 9). Siguiendo estas ideas, recorrí algunos textos y autores que abordamos en la materia Antropología en Contextos Urbanos, (cariñosamente para nosotros “ACU”) y recordé los aprendizajes y apuestas compartidos a lo largo de casi diez años.

Entonces, la primera apuesta para problematizar la realidad urbana que el equipo de ACU señala en estas páginas es el valor de jerarquizar una mirada situada en la realidad local y el reconocimiento del valor del conocimiento construido a partir de la investigación en y desde las aulas acerca de nuestras propias problemáticas urbanas. En los capítulos que componen este libro encontramos una mirada particular y especial sobre distintos espacios de la ciudad de Córdoba que van desde “exotizar lo familiar” en la Ciudad Universitaria, hasta el ejercicio de “familiarizar lo exótico” en el Cementerio San Jerónimo. La compilación de trabajos escritos, análisis

y presentaciones sólo fue posible como resultado de un trabajo colectivo que se evidencia desde las primeras oraciones que se presentan en la introducción. Siguiendo este espíritu, otro aspecto que es valorado y remarcado por lxs estudiantes es la incorporación de algunos Trabajos Finales de Licenciatura en Antropología FFyH-UNC con temática urbana como material de lectura y análisis en el programa de ACU. La experiencia de leer, analizar y presentar un trabajo etnográfico completo forma parte de los ejercicios que se proponen en la formación del quehacer etnográfico y en las herramientas de la investigación.

Al comienzo de *Carne y Piedra*, Richard Sennett (1997) cita a Aristóteles: “Una ciudad está compuesta por diferentes clases de hombres; personas similares no pueden crear una ciudad.” La segunda apuesta que quisiera destacar apunta a poner el foco sobre lo diverso, lo heterogéneo y lo desigual en las ciudades. Uno de los posibles sentidos de la urbanidad supone el deseo del encuentro con “el otro”. De aquí que en los escritos que compila este libro encontramos los primeros ensayos que articulan la pregunta por esa “otredad urbana” como la pregunta antropológica por antonomasia. En *La invención de lo cotidiano* De Certeau (1999) nos dice que el sujeto poetiza la ciudad, la práctica de manera creativa y lúdica. De igual modo, encontramos en estos escritos, en la construcción de un punto de vista sobre la ciudad, el reconocimiento del carácter subjetivo de la mirada. Bourdieu (2008) en *El espacio de los puntos de vista* plantea que (los puntos de vista) son simplemente vistas desde un punto del espacio social. Detrás de los ensayos aquí compilados el lector podrá intuir que fue necesario reconocer con perplejidad la desnaturalización de la mirada sobre espacios urbanos cotidianos. Los primeros ejercicios de observación que realizamos en clases se organizan en pequeños grupos. Siempre es muy interesante y estimulante lo que produce en cada estudiante el darse cuenta de la heterogeneidad de aspectos sobre los que se pone la atención al leer a unx compañerx mirando el mismo lugar, pero jerarquizando diferentes elementos del mismo.

Justamente gracias al reconocimiento de esa heterogeneidad, otra de las apuestas a destacar es la triangulación de recursos diversos para narrar y comprender lo urbano, la ciudad. Siguiendo una de las máximas de uno de los pensadores urbanos clásicos, Lefebvre (1969), combinando ciencia y arte este equipo propone un llamado a conectar con la literatura, la crónica, la poesía, las letras de canciones, películas y un largo etcétera que año

a año van aumentando los recursos disponibles en el aula virtual. Esto es así gracias al aporte de compañerxs que han cursado la materia y se han dejado interpelar por la propuesta que el programa de ACU abre con una invitación a pensar: ¿Cómo la ciudad llega a ser y entrar en nuestro ángulo de visión como un objeto? (Augé, 1997). Desde el primer día de clase la propuesta es conocernos, construir un vínculo pedagógico en torno a lo urbano, pero no a partir de nuestras biografías sino de nuestras percepciones y sensibilidades. La idea es compartir nuestras miradas y preferencias en relación a la ciudad, a “lo urbano” y en ese recorrido construir las primeras herramientas de investigación antropológica.

En el proceso de investigación, la alfabetización académica resulta muy importante. En este proceso, la reflexión en torno a la escritura y las formas de narrar ocupa un lugar central. En este sentido, en clases compartimos el siguiente fragmento:

Caparrós describe así una gigantesca siderúrgica llamada Acindar: «Aquí, ahora, en ese espacio enorme gris espeluznante hay rayos, fuego, truenos, materia líquida que debería ser sólida: el principio del mundo cuarenta y cuatro veces cada día. Aquí, ahora, en este espacio de posguerra nuclear hay caños como ríos, las grúas dinosaurias, las llamas hechas chorro, sus chispas en torrente, cables, el humo negro, azul, azufre, gotas incandescentes en el aire, el polvo de la escoria, las escaleras, los conductos, los guinches como pájaros monstruosos, olor a hierro ardiendo, mugre, sirenas, estallidos, plataformas, calor en llamaradas, las ollas tremebundas donde se cuecen los metales y, muy imperceptibles, los hombres con sus cascos antiparras máscaras tan minúsculos –que parecen casi nada si no fuera porque todo esto es puro hombre, obra del hombre, bravura de los hombres, naturaleza dominada. Aquí se hace el acero».

Uno puede imaginar a Caparrós volviendo una y otra vez sobre ese párrafo, leyendo, releando, solfeando, midiendo, cambiando adjetivos y tiempos de verbo hasta lograr la métrica perfecta, el ritmo justo, la mejor forma de contar lo que también podría decirse así: «Acindar, la siderúrgica líder en el país, es muy grande» (Guerriero, 2021, p.279).

Recuerdo gratamente en las clases de la materia como profesora asistente a cargo de los trabajos prácticos, el placer de reconocer el entusiasmo por “las primeras aproximaciones etnográficas” tal como se las menciona en la introducción de este libro. No sólo en la curiosidad desplegada en los primeros ejercicios de observación participante, las salidas de campo por recorridos en la ciudad, sino también en los primeros ensayos de la escritura etnográfica. Destaco como otro de los aportes valiosos de este espacio ACU, esa apuesta por formar una curiosidad etnográfica, un espacio/tiempo para leernos entre nosotrxs y descubrir la sensibilidad etnográfica como una de las mejores cualidades de futuros antropólogos y antropólogas.

Referencias

- Augé, Marc (1997). *El viaje imposible*. Barcelona: Gedisa.
- Bourdieu, Pierre (2002). *La miseria del mundo*, México: FCE.
- Villoro, Juan et. al. (2007) *Diagonal Sur*. Buenos Aires: Edhasa.
- De Certeau, Michel (2000). *La invención de lo cotidiano I*. México: ITESO.
- De Luca, Erri (2023) *Napátrida. Volver a Nápoles*. Cáceres: Periférica.
- Guerriero, Leila (2021) *Frutos extraños*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Lefebvre, Henri (2017) [1968]. *El derecho a la ciudad*. Madrid: Capitán Swing Libros, S.L.
- Sennett, Richard (2016) [1994] *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza.



Sobre lxs autorxs



Miriam Abate Daga es Doctora en Estudios Sociales de América Latina, orientación socioantropología de la educación y Magister en Investigación Educativa, orientación socioantropológica por el Centro de Estudios Avanzados de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba. Profesora en Ciencias de la Educación por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC.

Profesora Adjunta regular de Problemáticas de la Antropología Social y de Antropología en Contextos Urbanos. Departamento de Antropología, FFyH, UNC. Directora Alterna en la Maestría en Docencia Universitaria. FFyH y FCS, UNC. Docente Investigadora Área Investigación Educativa CEA, FCS, UNC. Cumpliendo funciones de Coordinadora Académica de la Maestría en Investigación Educativa. Secretaria de Posgrado de la FFyH. Junto a la Dra. Julieta Capdevielle es directora del proyecto de investigación “Desigualdades sociales y disputas por la producción, reproducción y apropiación de los espacios urbanos del Gran Córdoba”, perteneciente al área Ciencias Sociales del CIFFyH. Sus temas de investigación se desarrollan en el campo de la Antropología y Educación y la Antropología Urbana. Correo electrónico: miriam.abate@unc.edu.ar

Ezequiel Aguilera es Licenciado en Antropología y Becario Doctoral CONICET con lugar de trabajo en el IDACOR. Es estudiante del Doctorado en Ciencias Antropológicas de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Participa en distintos equipos que investigan sobre violencia institucional, masculinidades, cuerpos, géneros, sexualidades y mercado sexual. Correo electrónico: ezequiel.aguilera@mi.unc.edu.ar





Luisina Nahilin Alfonso es estudiante avanzada de la Licenciatura en Antropología, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. Activista por los derechos de la comunidad LGBT y DJ. Sus intereses están vinculados a los estudios de género y edad. Correo electrónico: luisialf94@gmail.com

Cecilia Argañaraz es Licenciada en Antropología y Profesora de Historia (UNC), Doctora en Estudios Urbano-Regionales (UNC). Autora de diversos artículos científicos vinculados a antropología histórica, miembro del Núcleo Naturaleza-Cultura (IDACOR-CONICET-UNC) y de la red de investigaciones RIEGA sobre historia de la gestión del agua. Actualmente se desempeña como docente en la Licenciatura en Antropología y en otras instituciones. Correo electrónico: chechuarga@gmail.com



María Florencia Arias es Licenciada en Antropología. Actualmente es estudiante del Doctorado en Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Córdoba y becaria doctoral de CONICET. Su proyecto de investigación se orienta a comprender el lugar de los animales en la vida de los habitantes del valle de El Bolsón (Catamarca), contemplando su

reproducción en un sentido biológico, social y simbólico, y combinando múltiples líneas de evidencia. Forma parte del Colectivo Interdisciplinario e Intercultural de los Valles Altos de Catamarca (CIIVAC) y del Laboratorio

rio de Zooarqueología y Tafonomía de Zonas Áridas (LaZTA, IDACOR, UNC-FFyH). Correo electrónico: mflorencia_95@hotmail.com



Silvia Attwood es Licenciada en Antropología (UNC), aspirante a doctoranda, adscripta a la cátedra de Antropología en Contextos Urbanos (UNC). Integra el equipo de investigación en Antropología Urbana dirigido por las Dras. Miriam Abate Daga y Julieta Capdevielle (CIFFyH-UNC). También: escritora, antropóloga escriturienta, performer y feminista. Correo electrónico: silvia.attwood@mi.unc.edu.ar⁵

Victoria Eugenia Bulacios Sant' Angelo

es Licenciada en Antropología por la Universidad Nacional de Córdoba y especialista en políticas de cuidado con perspectiva de género (FLACSO-Brasil). Actualmente es becaria doctoral de CONICET y se encuentra realizando el Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Su proyecto de investigación doctoral aborda las tensiones entre maternidades y niñeces en las políticas de cuidado de primera infancia en Córdoba. Desde sus estudios de grado, sus intereses de pesquisa han estado vinculados a cuidados, género y políticas públicas. Forma parte del equipo del "Núcleo de Estudios sobre Intimidades, Política y Sociedad" IDAES-UNSAM. Correo electrónico: victoria.eugeniasa@gmail.com



⁵ La fotografía fue tomada por Susana Pérez



Julieta Capdevielle es Doctora por el Centro de Estudios Avanzados de la UNC. Investigadora Adjunta del CONICET. Profesora Adjunta de la materia Sociología y del Seminario “La obra de Henri Lefebvre y sus derivaciones contemporáneas” de la Licenciatura en Geografía de la Universidad Nacional de Córdoba. Miembro de la Red de Investigaciones sobre Empresas y Territorio

(RESET). Junto a la Dra. Miriam Abate Daga es directora del proyecto de investigación “Desigualdades sociales y disputas por la producción, reproducción y apropiación de los espacios urbanos del Gran Córdoba”, perteneciente al área Ciencias Sociales del CIFYH. Los ejes de su investigación son las transformaciones urbanas, el mercado inmobiliario, y las estrategias habitacionales de familias de distintas clases sociales. Correo electrónico: julietacapdevielle@gmail.com

María Victoria Díaz Marengo es Licenciada en Antropología por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba y actualmente es Doctoranda en Ciencias Antropológicas en la misma institución. Es becaria doctoral de CONICET, con lugar de trabajo en el IDH-UNC. Sus intereses de investigación se centran en la vida urbana y las formas de habitar de los sectores medios. Ha participado en di-



versos proyectos de investigación vinculados a los estudios urbanos, pertenecientes al CIFYH-UNC y al IIGG-UBA, entre los cuales se encuentra el equipo que elaboró la presente publicación, dirigido por las Dras. Miriam Abate Daga y Julieta Capdevielle. También se ha desempeñado como docente adscripta en las cátedras de Antropología en Contextos Urbanos y Problemáticas de la Antropología Social. Correo electrónico: mariavictoriadiazmarengo@gmail.com



Macarena Díaz Martín es Licenciada en Antropología por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. Actualmente se desempeña como becaria doctoral del CONICET. Su labor antropológica se orienta a acompañar procesos socio productivos y organizativos de trabajadores rurales en la región de Traslasierra, Pcia. de Córdoba, Argentina. Correo electrónico: dmacarena18@gmail.com

María Esteve es Licenciada en Antropología (FFyH-UNC) y su lugar de trabajo es el IDH-CONICET. Desde 2023 es becaria doctoral de CONICET y doctoranda en el Doctorado de Ciencias Antropológicas de la misma casa de estudios, donde también se desempeña como docente Adscripta en la cátedra de Problemáticas de la Antropología Social. Actualmente investiga sobre configuraciones de sexualidad juvenil en escuelas secundarias y otros espacios de desarrollo de pedagogías sexuales en el Valle de Traslasierra, Córdoba, Argentina. Correo electrónico: esteve.meri@gmail.com



Silvia Fassi es Licenciada en Antropología por la Universidad Nacional de Córdoba y fue docente de historia, en escuelas privadas y públicas de niños y adultos. Hace 40 años que vive en la ciudad de Córdoba, es del interior de esta provincia, pero adoptó esta ciudad como propia. Es madre de Lucía y Mariano. Ejerció con pasión la docencia, con la misma pasión que cursó la carrera de antropología. Para ella, si hubiese una segunda oportunidad de elección de

antropología. Para ella, si hubiese una segunda oportunidad de elección de

vida, volvería a ser docente. Oficio, trabajo o profesión desde donde ha intentado sembrar conocimiento que aporte a un mundo más humanizado. Correo electrónico: silviafassi60@gmail.com



María Laura Freyre es Licenciada en Sociología con orientación en Sociología de la Educación (FCS-UBA), Magíster en Diseño y Gestión de Programas Sociales (FLACSO) y Doctora en Ciencias Sociales (FCS-UBA). Es docente responsable del proyecto de extensión “Raíces: narrativas e historias de la escuela albergue Obispo Salguero (Pampa de Olaen, Córdoba)” e investigadora responsable y

directora de diversos proyectos de investigación radicados en el Área de Ciencias Sociales y el Área de Educación del Centro de Investigaciones “María Saleme de Burnichón” (CIFYH-UNC). Actualmente es Profesora Titular en la cátedra Teoría Social y Profesora Asistente en las cátedras Problemáticas de la Antropología Social, Etnografía en Contextos Rurales y Antropología en Contextos Urbanos. Correo electrónico: maria.laura.freyre@unc.edu.ar

Ain Laura Gatica es Licenciada en Antropología por la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. Actualmente, se desempeña como docente en nivel medio. Forma parte de la Comisión de Implementación y Seguimiento de las Prácticas Profesionales Supervisadas (PPS) del Departamento de Antropología como egresada, y sus intereses están vinculados a la antropología aplicada. Correo electrónico: ainlaura91@gmail.com



Elena Gatti es Profesora en Historia. Estudiante avanzada de la Licenciatura en Antropología en FFyH-UNC. Participante del grupo de in-

vestigación sobre Antropología Urbana, radicado en el CIFFyH-UNC. “Revisitar trabajos de campo y teorías urbanas. Hoy y siempre”. Correo electrónico: elecba67@gmail.com



Lourdes Luna Rodríguez es Licenciada en Antropología por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. Actualmente es becaria doctoral de CONICET y profesora de nivel medio. Su investigación actual se orienta a analizar procesos de construcción de licencia social en minería en la puna de Jujuy, Argentina. Correo electrónico: lourdes.luna.rodriguez@mi.unc.edu.ar

Camilo Martínez García es estudiante avanzado de la Licenciatura en Antropología (FFyH-UNC) y actualmente se encuentra finalizando su Trabajo Final de Licenciatura. Para ello, recupera su experiencia de campo a partir de su desempeño como practicante en el marco de las Prácticas Profesionales Supervisadas (PPS) del Departamento de Antropología, realizadas en dos instituciones planificadoras de la ciudad de Córdoba Capital. Sus temas de interés abordan los procesos de construcción de proyectos urbanos por parte de instituciones estatales, las concepciones de ciudad presentes en las planificaciones urbanas y su vinculación con perspectivas locales. Correo electrónico: camilomartinez111@gmail.com





José María Miranda Pérez es Doctor en Ciencias Antropológicas por la Universidad Nacional de Córdoba y becario posdoctoral de CONICET. Es parte del colectivo Laboratorio de Antropología Especulativa, con sede en el Instituto de Antropología de Córdoba (IDACOR). Trabajó durante algunos años en el campo de la economía popular y actualmente realiza investigaciones et-

nográficas sobre modos no modernos de colectivización y politización en comunidades indígenas de la Puna de Jujuy. Correo electrónico: josemari199@hotmail.com

Lino Mora Abichain es estudiante avanzado de la Licenciatura en Antropología (FFyH, UNC). Ayudante Alumno de la cátedra Antropología en Contextos Urbanos. Se interesa por los estudios sobre la vida urbana y forma parte del equipo de investigación que lleva a cabo el proyecto del presente libro. Se desempeñó como Ayudante Alumno en las cátedras Etnografía de Grupos Indígenas y Teoría Antropológica III. Y como consejero en el Departamento de Antropología por la Asamblea de estudiantes de Antropología. Correo electrónico: lino.mora.abichain@mi.unc.edu.ar // linomoraa@gmail.com



Lucía Page es Licenciada en Antropología. Actualmente estudiante del Doctorado en Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Humanidades (UNC) y becaria doctoral de CONICET. Interesada en el campo de la Antropología Urbana, se ha desempeñado como miembro en diversos equipos y proyectos de investigación (2014-2024), radi-

cados en el CIFFyH (Córdoba) y el IIGG (Buenos Aires). Adscripta en la cátedra “Antropología en Contextos Urbanos” de la carrera de grado en Antropología, en la Universidad Nacional de Córdoba. Correo electrónico: pagelucia@gmail.com



Camila Pilatti es Licenciada en Geografía y estudiante del Doctorado en Ciencias Antropológicas (con beca del CONICET), de la Universidad Nacional de Córdoba. Es parte de la cátedra de Antropología en Contextos Urbanos, así como del equipo de investigación que editó esta publicación. Participa en el Programa de Antropología del Trabajo del CIECS (CONICET-UNC) y en el

colectivo editorial de la revista Etcétera, del CIFFyH. También, se desempeña como docente en la carrera de Geografía (FFyH-UNC). Correo electrónico: camila.pilatti@mi.unc.edu.ar

Mariano Pussetto es Licenciado en Antropología (FFyH-UNC), Magister en Investigación Educativa con orientación socioantropológica (CEA-FCS-UNC). Becario doctoral de CONICET. Profesor Asistente en la Escuela de Ciencias de la Educación (FFyH-UNC). Codirector del proyecto de extensión “Raíces. Narrativas e historias de la escuela albergue Obispo Salguero (Pampa de Olaen, Córdoba)”.

Coordinador del Programa de Investigación “Estudios socioantropológicos en instituciones educativas” (CEA-FCS-UNC). Actualmente investiga las experiencias formativas de jóvenes en el cruce entre el deporte y la educación, desde una perspectiva socioantropológica. Correo electrónico: mariano.pussetto@unc.edu.ar





Ana Laura Prado es tesista en Antropología, trabajando actualmente en la Fundación Pedro Milesi - Biblioteca Popular de Bella Vista y en la Fundación Casa Maucú. Estudiante en la Tecnicatura Universitaria en Patrimonio Cultural (UPC) y participante de equipos de investigación radicados en UNC y UPC que investigan consumos culturales, prácticas artísticas, espacios urbanos, género y edad. Correo electrónico: ana.prado@mi.unc.edu.ar

Fernando Rivarola es tesista en Antropología, y llevó adelante su trabajo de campo en el ciclo “Música a Ciegas” de la ciudad de Córdoba. En el marco de la Licenciatura en Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba, participó activamente en la conformación del seminario “Música y Antropología” dictado en 2019, lo cual amplió su interés en los vínculos entre la etnografía y las actividades artísticas, principalmente relacionadas con los consumos culturales y las producciones musicales. Correo electrónico: rivarolafernando96@gmail.com



Miguel Robles es profesor categoría A de armas cortas y largas, docente experto disciplinar en la Universidad Siglo 21 (área Criminología y Seguridad) y Coordinador General de Prevención y Convivencia Universitaria de la UNC. Fue integrante de la Policía de la Provincia de Córdoba y de la Dirección General de Policía Judicial. Fue Subsecretario de Estado del Ministerio de Seguridad de la Nación (Delitos Complejos e Investigación de la

Criminalidad Organizada y Compleja). Estuvo a cargo de la Dirección Nacional de Inteligencia Criminal y de la Secretaría de Seguridad de la Nación. Fue Director del Fuero de Lucha contra el Narcotráfico (Poder Judicial de Córdoba). Se desempeña como escritor de Random House. Correo electrónico: miguelrobles@live.co.uk



Martin Daniel Simonian es estudiante avanzado de la Licenciatura en Antropología de la Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC; especializándose en Antropología Urbana. Integrante del Proyecto de investigación: “Desigualdades sociales y disputas por la producción y apropiación de los espacios urbanos del Gran Córdoba” del CIFYH e investigador en formación del CECYT. Estudiante

en formación de la Diplomatura en Gestión de Ciudades, UNSAM. Correo electrónico: martin.simonian@mi.unc.edu.ar

Emilio Tanus Mafud es Licenciado en Antropología (FFyH-UNC). Integrante del equipo “Desigualdades sociales y disputas por la producción, reproducción y apropiación de los espacios urbanos del Gran Córdoba”, perteneciente al área Ciencias Sociales del CIFYH. Participante del proyecto “¿Visitantes invisibles? Una propuesta sobre accesibilidad en el Museo de Antropologías (FFyH-UNC)”. Correo electrónico: emiliotanusmafud@gmail.com





Agustina Viazzi es Licenciada en Antropología (UNC), Diplomada en perspectivas ambientales para Industrias Culturales (UNTREF), en Fotografía Documental (UBA) y en Gestión de Patrimonio Material (UPC), además de trabajadora textil. Ha desarrollado tareas de producción, gestión, investigación y docencia en artes visuales y audiovisuales además de etnografía y arqueología aplicada en distintos

contextos socio-comunitarios. Actualmente es docente en contextos de encierro, terciarios y Extensión Universitaria en Ciudad de Azul, Pcia de BsAs. Coordina Neera, Experiencias Textiles. Correo electrónico: agus.viazzi@gmail.com⁶

Liliana Vilte es estudiante avanzada de la Licenciatura en Antropología de la FFyH – UNC. Ayudante en el proyecto “Arqueología de las ocupaciones prehistóricas de la cuenca del Río San Antonio (Punilla sur, Córdoba) durante el Holoceno tardío”, bajo la dirección de la Dra. Gisela Sario. Correo electrónico: liliana.vilte@mi.unc.edu.ar }



⁶ La fotografía fue tomada por Juan Pablo Sambuceti

ciffyh
Centro de Investigaciones
María Saleme de Burnichon
Facultad de Filosofía y Humanidades UNC

Área de
Publicaciones

ffyh
Facultad de Filosofía
y Humanidades UNC



unc

ISBN 978-950-33-1880-5

